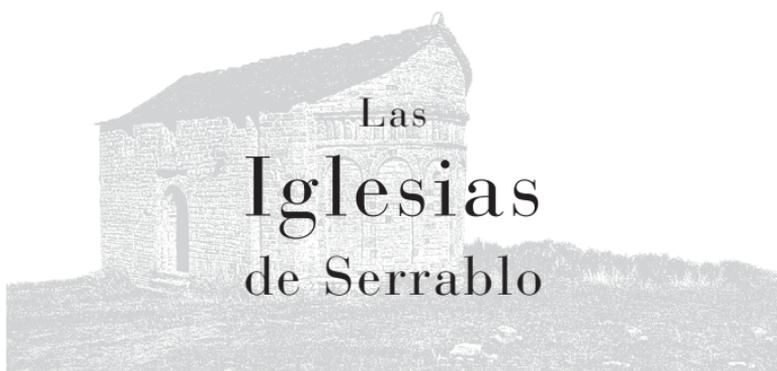




Equipo de redacción



Las  
Iglesias  
de Serrablo



Equipo 

*Dirección:*

Guillermo Fatás y Manuel Silva

*Coordinación:*

M<sup>a</sup> Sancho Menjón

*Redacción:*

Álvaro Capalvo, M<sup>a</sup> Sancho Menjón, Ricardo Centellas  
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-84 de la  
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: José Francisco Ruiz Pérez

Ilustraciones: J. F. Ruiz Pérez, salvo en los casos expresamente indicados.  
Plantas extraídas del libro *El nacimiento del arte románico en Aragón*  
(CAI, Zaragoza, 1982).

Mapa: Pilar Navarro.

I.S.B.N.: 84-95306-65-4

Depósito Legal: Z. 2822-00

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



# ÍNDICE



Introducción	5
EL ALTO VALLE DEL GÁLLEGO: ENCRUCIJADA DE CAMINOS	9
En el corazón del Prepirineo	10
Sus primeros moradores	18
Dominación musulmana, conquista cristiana y repoblación	20
UN CONJUNTO DE IGLESIAS ÚNICO	31
Estructura arquitectónica	32
Los elementos ornamentales	41
TEORÍAS E INTERPRETACIONES	49
El descubrimiento para la historia del arte y las primeras controversias	51
Las tesis mozarabistas	54
Su inclusión en el primer románico	63
LA PERVIVENCIA DEL MODELO	79
Bibliografía	93



## INTRODUCCIÓN



No muy lejos de Sabiñánigo, en la margen izquierda del río Gállego, se conserva una serie de iglesias medievales con unas características únicas en el arte español, al reunir una equilibrada síntesis de corrientes y tradiciones artísticas de diverso origen, adaptadas a los recursos que brinda la zona.

La singularidad de sus formas, unida a la ausencia de noticias escritas sobre su construcción, ha dado lugar a numerosos estudios desde que fueron descubiertas para la historia del arte, a comienzos de los años veinte, así como a opiniones encontradas sobre su adscripción a un estilo y a un momento histórico determinados. Algunos opinan que son obra de mozárabes del siglo X, ya que varios de sus elementos parecen proceder de la tradición arquitectónica musulmana. Para otros, por el contrario, responden, en esencia, a las pautas marcadas por las primeras corrientes románicas en la centuria siguiente, si bien poseen abundantes arcaísmos de raíz local.

El viajero avisado puede dar con ellas si tiene la paciencia de recorrer las carreteras comarcales que conducen hasta las pequeñas localidades que las cobijan. O bien las intrincadas pistas de tierra por las que se puede llegar, en caso de tener la suerte de poseer un coche robusto

y disfrutar de unas condiciones meteorológicas favorables, a recónditos pueblos abandonados, testimonio en piedra de la presencia en el pasado de activas comunidades humanas.

Pese a sus reducidas dimensiones y a la modestia de sus materiales constructivos, el impacto que produce su contemplación estimula la imaginación y la retrotrae hasta la Alta Edad Media, cuando los cristianos establecidos en el Pirineo central comenzaban a sacudirse el dominio musulmán y a sentar las bases de lo que llegaría a ser un poderoso reino.

El objetivo de esta pequeña obra es contribuir a que estas iglesias sean conocidas cada vez por un mayor número de aragoneses dispuestos a visitar unas tierras de gran belleza natural, aunque poco generosas en frutos, antes de que el discurrir de la historia las orille definitivamente. Junto a los ríos que las cruzan, en lo alto de los promontorios que dominan sus valles o al abrigo de escarpadas laderas, subsisten poblaciones cuyo fin parecía anunciado, a causa del declive de las formas tradicionales de vida. Sin embargo, estos núcleos, que tuvieron su época de mayor florecimiento hace ya mucho tiempo, todavía son capaces de ofrecer a sus visitantes pequeños tesoros de los que quizá dependa un resurgir aún posible.

## LAS IGLESIAS DE SERRABLO





## EL ALTO VALLE DEL GÁLLEGO: ENCRUCIJADA DE CAMINOS



**E**nclavado entre el llano y la montaña, el alto valle del Gállego ha sido durante siglos un importante cruce de caminos e influencias, lo que ha contribuido decisivamente a definir sus peculiares señas de identidad. Desde la Prehistoria, ha puesto en contacto los somontanos oscenses del Sur con las tierras del Norte, incluidas las del otro lado de la permeable barrera de los Pirineos. A su vez, se encuentra bien comunicado por el Oeste con el interior de la Jacetania, a través de la Val Ancha, y cuenta con transitados pasos hacia Broto y la zona de Aínsa-Boltaña, en el Este.

En la Alta Edad Media, su condición de frontera, no sólo entre musulmanes y cristianos sino también entre los condados de Aragón y Sobrarbe, reforzó ese carácter de encrucijada. En ese periodo se fecha la construcción de un conjunto de pequeñas iglesias que han dado renombre al territorio sobre el que se asientan.

Pero antes de hablar de ellas, conviene conocer las particularidades de ese territorio y la historia de quienes lo poblaron, pues ambas cuestiones resultan claves a la hora de comprender por qué y cómo fueron edificadas.

## EN EL CORAZÓN DEL PREPIRINEO

La comarca que hoy se conoce como Serrablo se halla situada en el Prepirineo central. Vertebrada por un Gállego todavía joven, los macizos interiores de Limes y Tendeñera trazan sus confines septentrionales, mientras que por el Sur se extiende hasta las sierras de Javierre, Belarre y Aineto. Los valles del Ara y del Aragón marcan, respectivamente, sus límites occidental y oriental.

En la margen derecha del eje fluvial principal, el que dibuja el Gállego, desagua el Aurín. Por su parte, los ríos Basa y Guarga, además de numerosos barrancos y pequeños regatos cuyo cauce crece considerablemente durante los meses de deshielo, fluyen por su margen izquierda.

Algunos historiadores defienden la tesis de que el topónimo “Serrablo”, de origen medieval, designaba anteriormente a un territorio distinto, en concreto el valle del Guarga y sus aledaños. Sin embargo otros, encabezados por Antonio Durán Gudiol, que fue quien lo rescató del olvido en la década de 1960 y lo divulgó en sus estudios, consideran que desde un principio identificaría a las tierras a las que designa en nuestros días.

A la fijación y difusión de este término ha contribuido decisivamente la creación de una comarca funcional en torno a Sabiñánigo, importante centro fabril. Todas las poblaciones de su área de influencia han sido englobadas en



*El alto valle del Gállego*

la actual comarca serralesa. En 1893, cuando contaba con menos de 300 habitantes, llegó hasta allí el ferrocarril que comunicaría Zaragoza con Francia, a través de Canfranc. Paulatinamente, fue surgiendo un nuevo barrio alrededor de la estación, a poco más de un kilómetro del pueblo, que acabaría por sustituir a éste. En 1918 se instaló junto a la vía férrea la primera industria, de capital mayoritariamente francés, seducida por la posibilidad de explotar el potencial hidroeléctrico del lugar, a la que enseguida seguirían otras: químicas, metalúrgicas, celulosas, etc. Su establecimiento propició un espectacular crecimiento del núcleo urbano: en 1940 ya vivían en él 1.800 personas, tres décadas después lo hacían más de 8.000 y a las puertas del siglo XXI esa cifra asciende a casi 10.000.

Pero mientras Sabiñánigo aumentaba de ese modo su número de habitantes, otras localidades padecieron el proceso inverso. Con ello se trastocó el precario equilibrio mantenido hasta entonces y se puso fin a una de las características más señaladas de la zona a lo largo de su historia: la dispersión de su población.

### **El azote de la despoblación**

Desde antiguo, los pequeños pueblos que jalonaban la comarca alternaban las labores ganaderas con el cultivo de los campos, a veces conquistados a la Naturaleza mediante terrazas y bancales, para asegurar su subsistencia. Pero el

rendimiento de la tierra era escaso pues, dados el rigor del clima, la elevada altitud media y lo accidentado del relieve, el cereal y la vid se hallaban en el límite de su ecosistema natural.

La insuficiencia de recursos y las duras condiciones de vida empujaron a muchos a buscar su sustento en otras tierras, por lo que una gran cantidad de poblaciones se fue deshabitando progresivamente. Este fenómeno se intensificó en el siglo XX debido, por un lado, a la ya comentada industrialización de Sabiñánigo, que atrajo a los jóvenes de las localidades cercanas, y, por otro, a las campañas de reforestación emprendidas por los organismos públicos, para las que fueron adquiridas parcelas de labor o de pasto, e incluso municipios enteros.

Como consecuencia de ese proceso, varias de las denominadas iglesias de Serrablo se localizan hoy en pueblos abandonados o semiabandonados (Otal, Susín, etc.), a los que es difícil acceder. Otras ya no se encuentran allí donde fueron erigidas, pues fueron trasladadas para evitar su ruina definitiva. Es lo que sucede, por ejemplo, con la del monasterio de Basarán, reedificada idealmente —se le añadió una torre que copia la de Lárrede— en un sitio más frecuentado en la actualidad: la estación de esquí de Formigal. O con Santa María de Gavín, que fue destruida durante la Guerra Civil y cuyos restos decoran el parque municipal de Sabiñánigo. Y también las hay que



*Iglesia del monasterio de Basarán, trasladada a la estación de esquí de Formigal en los años setenta*

se alzan en parajes apartados, a trasmano, en medio de la nada, como San Juan de Rasal, San Bartolomé de Gavín o San Juan de Busa. Estas últimas dan fe de la existencia en el pasado de pueblos cuyas viviendas se distribuirían a sus pies y que, finalmente, acabaron por desaparecer, al resultar canteras fáciles para la construcción de caseríos o de muros de delimitación de campos y propiedades. Algunas mantuvieron durante un tiempo parte de su actividad, después de ver reducida su categoría a la condición de ermita; otras, ni eso.

La regresión demográfica, sin embargo, se ha visto frenada en los últimos años por el incremento del turismo de montaña, que genera una oferta de ocio cada vez mayor, así como por la revalorización de los restos histórico-artísticos conservados, que han salido de su anonimato y han sido incluidos en rutas culturales abiertas al gran público.



*Iglesia de San Juan de Busa, utilizada durante décadas como ermita*

## ***La lluvia amarilla***

---

*Dichoso lugar d'Ainielle  
que celebra a festa  
en o tiempo d'a nieve*

En la divisoria de las cuencas del Gállego y el Ara se encuentra la zona de Sobrepuerto. De elevada altitud media (por encima de los 1.200 m), sobre sus laderas en acusada pendiente se distribuyen innumerables pueblos abandonados o “amortados”, como se dice en esa parte del Alto Aragón. Ainielle, en la cabecera del barranco de Oliván, es sólo uno más (junto con Otal, Basarán, Cortiellas, Escartín, Sasa, Cillas, etc.). En el pasado, sus habitantes vivían fundamentalmente de la agricultura y de la ganadería. Se aprovechaba hasta el último palmo de terreno cultivable para sacar algún fruto de pequeñas parcelas, por lo general en bancales, que intentaban evitar las umbrías, cubiertas por la nieve todo el invierno. En los meses más fríos, los mozos del lugar llevaban el ganado a pastar hacia el Sur o emigraban al Mediodía francés con la esperanza de conseguir algún trabajo temporal.

La localidad se dividía en dos barrios, uno bajo y otro alto. Contaba con casas de puertas señoriales y dinteles tallados, una iglesia del siglo XVIII ornada con pinturas murales y retablos barrocos, y un molino harinero, a las afueras, cuyo mecanismo era accionado por la fuerza de un pequeño cauce de agua. A causa de la escasez de tierras, sólo heredaba el primogénito, que mantenía el patrimonio familiar, por lo que su población permaneció estable durante centurias. En el siglo XV tenía siete fuegos u hogares, los mismos que en 1846, según hace constar Pascual Madoz. Y también eran siete las familias que todavía lo habitaban en 1941.

En el transcurso de la Guerra Civil, sus moradores fueron evacuados a poblaciones de retaguardia, ya que el Gállego se convirtió en frente de guerra durante largos meses. A su regreso, una vez concluido el conflicto, los campos estaban arruinados y las viviendas, el horno y la herrería, así como la iglesia, habían sido expoliadas. Se intentó retomar el ritmo de vida pasado pero la suerte del pueblo ya estaba echada. En los años sesenta, definitivamente deshabitado, fue vendido al Estado, que inició allí tareas de repoblación forestal; era la España del “desarrollismo”.

A mediados de la década de 1980 un escritor leonés, Julio Llamazares, llegó al Pirineo oscense en busca de un escenario para una novela. La belleza del lugar y la sonoridad del nombre de Ainielle le subyugaron y decidió ambientar allí *La lluvia amarilla*, relato que recrea la historia de su último habitante, a quien golpean la soledad y el desamparo hasta que se produce su desmoronamiento, tanto físico como emocional. El anciano, que se ha resistido a abandonar la tierra de sus padres, a emprender un éxodo que se ha llevado ya a sus vecinos y a su propio hijo, consume sus últimas horas rememorando lo que fue su vida, rodeado de ruinas y de una Naturaleza hostil.

La novela, editada en 1988 y traducida posteriormente a varios idiomas, alcanzó una gran popularidad y son muchas las personas que visitan Ainielle tras haberla leído. El Gobierno de Aragón, su actual propietario, arregló la antigua escuela y la habilitó como refugio para excursionistas. Un incendio destruyó parte de las instalaciones, pero la resurrección del pueblo, aunque sólo sea en periodo estival, parece ya un hecho consumado.

## SUS PRIMEROS MORADORES

Los primeros vestigios de ocupación de la comarca se remontan a la Edad del Bronce. De esa etapa de la Prehistoria datan varios dólmenes (sepulturas megalíticas) hallados junto a la ermita de Santa Elena de Biescas, en el barranco de Oliván y en Ibirque, en cuyo interior se descubrieron puntas de flecha de sílex, pequeños adornos de hueso y fragmentos cerámicos.

Durante la Edad del Hierro, es casi segura la presencia en la zona o, al menos, su paso por ella, de comunidades célticas, como parece revelar la denominación de su más destacado curso fluvial, el *Gallicus flumen* o “río gálico”: el Gállego.

Apenas se conocen datos de época prerromana, aunque posiblemente el territorio estuviera bajo el control del poderoso pueblo de los iacetanos, cuya principal ciudad era *Iaca* (Jaca). Las fuentes grecolatinas hablan de que los iacetanos saqueaban periódicamente las tierras de los suesetanos, en la actual comarca de las Cinco Villas, hasta que, a comienzos del siglo II a. C., fueron vencidos por éstos con la inestimable ayuda de las legiones del cónsul romano Marco Porcio Catón.

Tras el sometimiento de los iacetanos, a los que Plinio *el Viejo*, en el siglo I d. C., calificaba de estipendiarios (los que pagaban algún tipo de tributo por haberse opuesto

con las armas al avance de Roma), tuvo lugar un lento pero intenso proceso de romanización del Prepirineo central. Entre los abundantes restos que delatan la presencia de la cultura romana en la zona sobresalen una lápida sepulcral encontrada en las cercanías de Sabiñánigo, varias cabezas esculpidas aparecidas en Latre y en las proximidades del santuario de San Úrbez de Nocito, y huellas materiales de lo que pudieron ser unas villas rurales en Latas y en la denominada Corona de San Salvador, a las afueras de Puente Sardas. Además, un ramal secundario de la calzada que partía de *Oscá* (Huesca) y atravesaba el Pirineo por el *Summus Portus* (Somport) discurría paralelo al río Gállego para facilitar el tránsito hacia la estación termal de Panticosa, ya activa por aquel entonces.

Algunas familias de la aristocracia hispanorromana local debieron de conservar sus privilegios durante la dominación visigoda, como se deduce de la supervivencia a la expansión islámica de ciertos topónimos derivados del nombre de grandes terratenientes, entre ellos Cartirana (muchas de las poblaciones actuales con sufijos en *-ana*, *-ena*, *-ano* o *-en* estuvieron, en su origen, relacionadas con explotaciones



*Reproducción de una lápida sepulcral romana, ballada en las cercanías de Sabiñánigo, que dedican a un niño de ocho años su padre y su abuela*

agrícolas). Una prueba elocuente de esta continuidad es la figura de *Sabinianus*, quien, en el siglo V, dejó la impronta de su nombre en varias de sus fincas, tanto en el actual Sabiñánigo como al otro lado del Pirineo. Se conoce parte de la correspondencia que este alto funcionario romano mantuvo con Sidonio Apolinar, obispo de Clermont Ferrand (Francia), en la que queda patente su colaboración con las autoridades visigodas instaladas en Aquitania.

En ese mismo periodo tardoantiguo, a la primacía de los propietarios laicos se sumó la de la Iglesia. Varios monasterios fundados en las estribaciones meridionales del Pirineo comenzaron a acumular haciendas y beneficios, fruto de generosas donaciones. Gracias a su autoridad en el ámbito espiritual, a su creciente poder económico y a su vasto patrimonio, estos centros monásticos impulsaron una verdadera reorganización administrativa en lo que hoy es el Alto Aragón. Tal vez el de mayor relevancia y casa matriz de otros fuera el de Asán —cuyo emplazamiento no se conoce con certeza—, en el que se formaron varios obispos, miembros de distinguidas familias de la nobleza.

## **DOMINACIÓN MUSULMANA, CONQUISTA CRISTIANA Y REPOBLACIÓN**

Es muy escasa la información conservada acerca de lo que sucedió en las tierras bañadas por el Gállego, en su curso superior, tras la irrupción de los ejércitos islámicos

en la Península, en el primer cuarto del siglo VIII, si bien se sabe que pronto quedaron integradas administrativamente en un valiato o distrito con capital en Huesca. En general, la dominación musulmana arraigó con fuerza en el llano, mientras que en las quebradas serranías pirenaicas, poco productivas y peligrosas, las nuevas autoridades se limitaron a situar, en puntos estratégicos, pequeñas guarniciones encargadas de velar por la seguridad de las ciudades meridionales y de recoger los tributos impuestos en reconocimiento de su hegemonía.

Con el paso del tiempo, fueron brotando focos de rebelión frente al poder musulmán, alentados y tutelados por los soberanos carolingios, que ambicionaban adelantar su frontera hacia el Sur. Estos núcleos, cada vez más autónomos, serían el embrión de entidades políticas independientes, dirigidas por dinastías autóctonas y organizadas en pequeñas agrupaciones de pastores y campesinos. En los albores del siglo X, una de ellas, el condado de Aragón, que comprendía los valles de Ansó, Echo y Canfranc, alcanzó en su expansión las tierras ubicadas en la margen izquierda del río Gállego, hasta entonces su frontera natural.

Hacia el año 925, sin embargo, Aragón pasó a depender del reino de Pamplona y fueron los hombres del monarca navarro Sancho Garcés I quienes dispusieron la resistencia frente al Islam.

Pero la consolidación definitiva del poder cristiano en la zona, tras las devastadoras expediciones de castigo que, encabezadas por Almanzor (999) y su hijo Abdalmalik (1006), asolaron los valles pirenaicos, no se produjo hasta el reinado de Sancho Garcés III (1004-1035), conocido como Sancho *el Mayor*.

Este soberano aprovechó la guerra civil que estalló en 1009 en el califato de Córdoba, y que culminaría con su desmembración y el nacimiento de los llamados reinos de taifas (1031), para crear un denso entramado de fortalezas en los lindes fronterizos y adjudicar a sus nobles diferentes tenencias o señoríos, con el fin de reforzar el sistema defensivo. Sus dominios llegaron a abarcar, además del reino de Pamplona, los condados de Castilla, Aragón, Sobrarbe y Ribagorza, aunque su influencia se extendió también a otras áreas del Norte peninsular e, incluso, más allá de los Pirineos.

A su muerte, sus hijos pasaron a regir aquellas amplias posesiones, bajo la autoridad inicial de García, el primogénito. Al que sería el primer monarca aragonés, Ramiro I (1035-1064), correspondió el gobierno del antiguo condado de Aragón, así como el de la margen izquierda del río Gállego hasta la localidad de Matidero, en la vega del Guarga. En 1043 se levantó en armas contra su hermano García y un año más tarde se anexionó Sobrarbe y Ribagorza tras la muerte de otro de sus hermanos, Gon-



*El castillo de Abizanda, una de las fortalezas erigidas en tiempos de Sancho el Mayor, defendía la entrada al alto valle del Cinca*

zalo. De este modo se colocó al frente de un Estado independiente, amplio y pacificado, el reino de Aragón, que inició una etapa de afianzamiento social y económico.

Una vez asegurada la lealtad de sus nobles y la de la Iglesia, Ramiro se vio libre para dirigirse contra sus vecinos musulmanes. Pero su anhelo por alcanzar las fértiles llanuras del Sur tuvo escasa recompensa, pues fue herido de muerte en 1064, cuando conducía el asalto a la plaza fuerte de Graus.

Le sucedió su hijo Sancho Ramírez (1064-1094), verdadero promotor de la “europeización” del reino. En unión de sus caballeros, se hizo vasallo de la Santa Sede para obtener la legitimación papal de la joven dinastía. Además, favoreció el tráfico mercantil, protegió el paso de peregrinos de ultrapuertos y dotó de un fuero a la ciudad de Jaca que sirvió de modelo para otras poblaciones del Camino de Santiago.

Durante su mandato, también cristalizaron importantes reformas institucionales y culturales. La liturgia local, denominada visigótica o mozárabe, fue sustituida poco después de 1070 por la romana, vigente en gran parte de Europa, y se instaló en Aragón un gran número de abades y monjes procedentes del Sur de Francia. Con ellos llegaron, además de sus reglas monásticas, nuevas corrientes artísticas que se impondrían primero en los círculos cortesanos y, después, en todo el reino.

### **Un universo feudal**

Desde mediados del siglo X, en la mayor parte de la Europa occidental se evidenció una sólida recuperación económica, amparada en el aumento demográfico y acompañada de importantes cambios políticos y sociales. La ausencia de una autoridad central con capacidad resolutive tras la disolución del Imperio Carolingio facilitó la atomización del poder y permitió el establecimiento de vínculos

de dependencia de carácter personal entre gobernantes y gobernados. Los titulares de los señoríos, laicos o eclesiásticos, se colocaron al frente de una sociedad fuertemente jerarquizada y pasaron a ejercer en sus propiedades una soberanía absoluta.

En la vertiente meridional de los Pirineos centrales, bajo control cristiano, se produjo una evolución similar, pero, al igual que en otras áreas de la mitad norte de la Península, con un señalado matiz diferenciador: los condicionantes impuestos por la oposición al dominio andalusí. El permanente estado de guerra y la progresiva expansión territorial propiciaron la concesión de privilegios y franquicias por parte de condes y reyes. Los soberanos carecían de otra autoridad que no fuera la que le reconocían sus nobles y los dirigentes eclesiásticos, ya que eran sus representantes ante las comunidades campesinas que tenían a su cargo y aportaban tanto rentas como huestes a los ejércitos de la realeza. Y para atraerse su favor o para conseguir su apoyo en las empresas bélicas, entregaban a éstos parte de sus conquistas.

Al mismo tiempo, tras invertirse la primacía político-militar e iniciarse la progresión cristiana hacia el Sur, se hizo necesario fortificar y repoblar las comarcas recién ocupadas, con el fin de asegurarlas de forma eficaz. Algunos castillos levantados en posiciones avanzadas se convirtieron en esenciales focos de ordenación territorial, al surgir



*Parte del muro sur de la iglesia parroquial de Lárrede, a los pies de la torre-fortaleza construida en la cumbre de un cerro cercano*

pequeños asentamientos estables bajo su protección. En caso de peligro, dentro de sus recintos amurallados podían ser guardados el ganado y los víveres, y encontraban refugio los habitantes de las aldeas, que participaban activamente en la defensa. En ocasiones, de un núcleo principal dependían otros de menor tamaño, con sus correspondientes iglesias y tierras de labor.

Los monasterios, interesados en crear una red de parroquias en su derredor, también tuvieron un gran protagonismo como instrumentos de articulación social. Gracias a la gran cantidad de colonos y siervos que habitaba en sus dominios, pasaron a ser los centros de producción más sobresalientes. La agricultura y la ganadería constituían las principales actividades económicas y permitían que la

comunidad estuviese abastecida de tres alimentos indispensables: pan, carne y vino.

En este marco hay que situar la edificación de las iglesias de Serrablo. Su elevado número en un territorio no muy extenso y su relativa homogeneidad formal, así como la originalidad de algunas de sus características, inducen a pensar que fueron construidas en un corto periodo de tiempo y por un reducido grupo de maestros de obras relacionados entre sí, de acuerdo con un programa preconcebido, ideado para fijar una población nueva en una comarca antes escasamente habitada. No quedarían al margen de



*Rebaño de ovejas pastando junto a la iglesia de Orós Bajo*

ese programa los grandes señores y tenentes de la zona, así como algunos de los cenobios allí asentados, como San Martín de Cercito, San Úrbez de Nocito y, en especial, San Andrés de Fanlo —ubicado en la actual población de Pardina de Fanlo—, quizá el más implicado en las campañas de colonización y reactivación económica emprendidas.

### **Leyendas y devociones**

El Alto Aragón es un zona extraordinariamente rica en herencias del pasado, y no sólo materiales. Entre sus gentes han enraizado ancestrales creencias y tradiciones que el tiempo no ha logrado borrar. Son huellas, todavía vivas, de mitologías domésticas y de un modo particular de enfrentarse a todo aquello que no se puede controlar, como el devenir de la Naturaleza, clave en un medio donde la subsistencia era particularmente dura.

Al igual que en otros muchos lugares de España, los cuentos y leyendas locales discurren principalmente “en época de los moros”. Así, en la población de Rasal se decía que cuando los mahometanos tuvieron que huir ante el avance cristiano, una gran dama quedó rezagada y se vio forzada a ocultarse en el bosque. Desde entonces habita una cueva próxima a la ermita de Nuestra Señora de los Ríos, donde aguarda paciente a que el hombre que la amaba regrese en su búsqueda. De vez en cuando, sin embargo, enfadada por la tardanza, obstruye con ramas y tierra un manantial que por allí brota y que debe ser limpiado cada cierto tiempo.

También en Rasal se contaba la historia de una cristiana que todos los días caminaba hasta la lejana granja de unos musulmanes para peinar la larga cabellera de la dueña de la casa. Como recompensa, recibía periódicamente una vaca, con la única condición de que, cuando guardase el rebaño que iba acumulando, no volviese la vista para comprobar cuántos animales faltaban por entrar en el establo. Pero la manada creció de tal forma que, un día, a la cristiana se le hizo interminable su recogida y se volvió para ver si todavía quedaban reses por el camino. Al momento, todas desaparecieron, por lo que, a pesar de su avanzada edad, se vio obligada a seguir acudiendo a peinar a su vecina musulmana para recuperarlas.

En Biescas vivía en esa misma época, cuenta la leyenda, una bella muchacha llamada Elena, quien solía llevar la comida a su padre y a sus hermanos, ocupados en el trabajo del campo. Un día, fue sorprendida por un grupo de musulmanes armados que se lanzó en su persecución. La joven, en su huida, se refugió en una gruta, en cuya entrada una araña comenzó a tejer una gran tela. Al verla, quienes iban detrás de ella pensaron que nadie había pasado por allí en mucho tiempo, y se alejaron. En nuestros días, junto a la cueva que supuestamente la cobijó, se levantan una fuente y una ermita, dedicada a Santa Elena, a la que se acude en romería varias veces al año. Sin embargo, las romerías más populares de la zona, con las que se intentaba hacer frente a enfermedades, malas rachas y adversidades naturales (sequías, plagas, epidemias, etc.), son las que visitan los santuarios de

Santa Orosia y San Úrbez. Protagonistas de la primera, celebrada cada 25 de junio, son los danzantes de Yebra de Basa, que por el camino ejecutan bailes y mudanzas al compás del chiflo y el salterio; representan, además, un diálogo jocosos conocido como *La pastorada*, que recoge en clave de humor los sucesos más destacados del año. Por su parte, a la ermita situada en las cercanías de Nocito consagrada a San Úrbez, cuya devoción está muy extendida por todo el Alto Aragón porque era un santo al que se invocaba para que hiciera llover, se va en peregrinación el último domingo de junio.



*Actual ermita de San Juan Bautista de Rasal, la más meridional de las llamadas iglesias de Serrablo*

## UN CONJUNTO DE IGLESIAS ÚNICO



Como ya se ha señalado, durante la Alta Edad Media fue erigido un grupo de pequeñas iglesias muy próximas entre sí, en su mayoría en la margen izquierda del río Gállego, en su curso alto. Cada una destaca por alguna particularidad pero todas poseen unos rasgos comunes que las emparentan y les confieren una marcada personalidad, al unir en perfecta simbiosis elementos aparentemente ligados a la arquitectura islámica junto a otros distintivos del arte románico.

Son célebres entre los estudiosos del arte porque constituyen un conjunto sin equivalentes fuera de esa comarca. En junio 1931, cuando apenas se sabía nada sobre ellas, ya fue declarada Monumento Histórico-Artístico la de San Pedro de Lárrede, sin duda la más completa y mejor acabada.

Quizás ésta se convirtiese en un prototipo que imitar por las demás —declaradas, de forma colectiva, monumento histórico-artístico en noviembre de 1982— que, probablemente, disfrutaron de menos medios para su edificación. De ahí, que algunos historiadores hagan mención a lo que denominan el “círculo larredense”.

Su peculiar ornamentación exterior y la inexistencia de referencias escritas sobre sus posibles constructores o sobre sus promotores, así como el deficiente estado de conservación con el que llegaron al siglo XX, y que ha desvirtuado sus características primitivas, han dificultado su adscripción a un estilo e incluso a una etapa histórica en concreto. Por ese motivo, en estas páginas se va a seguir la línea de exposición trazada por sus primeros divulgadores, Rafael Sánchez Ventura y Francisco Íñiguez Almech, quienes, en 1933, señalaban: «[...] pues que hallarse frente a una forma nueva es siempre expuesto a resbalar, si no es muy firme el terreno en que hipótesis, conjeturas o afirmaciones históricas puedan cimentarse, será más cauto comenzar por la presentación de las iglesias, aunque su análisis peque de árido, y luego se tratará la posibilidad de encasillamiento artístico y cronológico, por desdicha sólo fundado en conjeturas, ya que ni inscripciones ni documentos dan luz ninguna que haga menos densa la sombra impenetrable que las cerca».

## **ESTRUCTURA ARQUITECTÓNICA**

La estructura arquitectónica de estas iglesias está condicionada, en gran medida, por la economía de medios y por su adaptación a las posibilidades que ofrece su entorno. En su construcción se emplean únicamente materiales locales. Sus paredes se levantan con pequeños bloques de

piedra caliza apenas desbastados (sillarejos), procedentes de las abundantes canteras que salpican la región, de las que es posible extraer sin gran esfuerzo piezas bien escuadradas, de caras paralelas y de un tamaño similar. En caso de tener que darles forma para su colocación, se trabajan a golpe de maza. Gracias a su regularidad, se requiere poca argamasa para su montaje, por lo general en hiladas horizontales, y sólo en contados casos hay que rellenar los huecos que quedan con fragmentos menores o residuales (ripios).

En su mayoría, los templos son de una única nave, pequeña y rectangular, abierta en uno de sus lados cortos —el orientado hacia el Este— a un ábside semicircular precedido por un presbiterio (lugar reservado al clero, junto al altar mayor) poco desarrollado. Hay algunas, no obstante, como la del monasterio de Basarán o las de Oliván y Otal, en principio también de una sola nave, a las que con el tiempo les fueron añadidas otras, paralelas a la primera, o estancias de distinto tipo. Una excepción destacada a ese extendido modelo es la iglesia parroquial de Lárrede, que cuenta con dos cámaras laterales adosadas a la nave, con accesos desde el exterior. De este modo, su planta pasa a ser de cruz latina, es decir, con dos brazos desiguales.

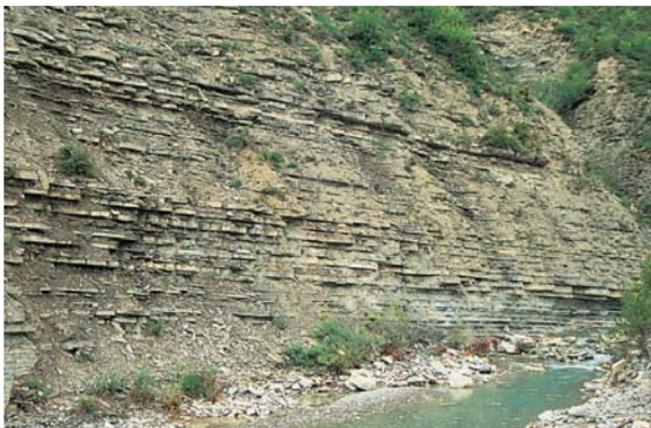
Algunas conservan una esbelta torre-campanario, dividida interiormente en pisos de madera comunicados por escaleras y trampillas; el ingreso, desde el interior de los



*San Pedro de Lárrede, la más completa y mejor acabada  
de las iglesias del alto valle del Gállego*

templos, se efectúa a través de puertas en arco de herradura. La de Lárrede utiliza a modo de base la cámara lateral del lado norte del edificio, mientras que la de San Bartolomé de Gavín está adosada a la nave. De planta cuadrada, la anchura de estas torres disminuye a medida que ganan altura al objeto de reforzar su estabilidad, por lo que su perfil es ligeramente troncopiramidal. A su vez, para aligerar el peso de su parte superior, se abren en ella amplios vanos.

Sus muros, principal elemento sustentante, no son muy gruesos. Fueron construidos con la ayuda de andamios, como ponen de manifiesto los huecos (mechinales) que se observan en las distintas fachadas, que servían para anclar



*Afloraciones de piedra caliza en las proximidades de Oliván*

las estructuras de madera y que se dejaban sin tapar una vez retiradas éstas. Ocasionalmente se colocaron contrafuertes en el exterior, en los puntos más débiles de la obra, como es el caso de la unión entre la nave y el ábside.



*Restos de Santa María de Gavín, donde se observa el grosor de los muros en la zona del presbiterio*

En aquellas iglesias que, al parecer, fueron proyectadas para ser cubiertas con bóvedas de piedra (Lárrede y Busa), se suceden en el interior varios pares de columnas adosadas al muro, cuya función debería ser la de sostener el empuje de los arcos de la bóveda, dispuestos transversalmente al eje longitudinal.

Como norma habitual, las naves se cubrieron con techumbres de madera y tejados a dos vertientes, ya que el escaso grosor de los muros y el desconocimiento de técnicas más avanzadas impedían el uso de un ma-

terial tan pesado como la piedra. Sólo en San Pedro de Lárrede, de acuerdo con los restos conservados, se pudo levantar una bóveda pétrea de medio cañón, rehecha en los años treinta durante los primeros trabajos de restauración. Parece ser que los constructores de San Juan de Busa intentaron reproducir este mismo sistema de cubierta, pero no tuvieron éxito y se vieron obligados a disponer una sencilla techumbre de madera, cuyos tirantes reposan sobre los soportes previstos para los arcos de la bóveda.



*Columnas adosadas y arranque de la bóveda de medio cañón de la parroquia de Lárrede*

Los ábsides y las torres, por el contrario, sí que se cubren con piedra. Los primeros, de menor altura que las naves, se cierran mediante bóvedas de horno o de cuarto de esfera, enmarcadas por grandes arcos de medio punto, mientras que las segundas lo hacen con bóvedas esquinadas y su correspondiente tejado de lajas de pizarra a cuatro aguas.



*Detalle del contrafuerte que asegura la unión del ábside y de la nave en San Andrés de Satué*

La forma y tamaño de los vanos, muy diversos, varían en función de su ubicación y de las dimensiones del templo. En general, se concentran en los lados cortos de los edificios, para así subrayar su eje, y en su fachada meridional, aquella que disfruta de más horas de luz solar.

La puerta principal, situada en la cara sur, suele presentar al exterior un arco de medio punto rematado en dos piezas cortadas en pico, lo que le da un aspecto de arco de herradura, en realidad fic-

ticio. En el interior, este arco puede estar complementado por otro, de descarga, que apoya sobre un dintel para aumentar su solidez. Ese mismo recurso de sugerir un arco de herradura por medio de una “ilusión óptica” también se repite en otros accesos interiores.

## **Un acceso no siempre fácil**

Visitar las principales iglesias serrablesas es algo que, a veces, no resulta sencillo. La localización de la mayoría en pueblos apenas habitados, en núcleos abandonados desde hace décadas o en descampados aislados dificulta la tarea, ya que las infraestructuras viarias se reducen, en ocasiones, a pistas de tierra por las que hay que circular con mucho cuidado o a sendas y caminos de herradura sólo aptos para la marcha a pie.

Lo que queda de Santa María de Gavín, llevado al parque municipal de Sabiñánigo, y la remozada iglesia del monasterio de Basarán, que conocen todos los que eligen la estación de Formigal para practicar deportes de invierno, son los monumentos más accesibles.

Tampoco es muy complicado acercarse hasta Lárrede, Satué, Isún de Basa u Oliván, gracias a carreteras locales, normalmente en buen estado, que parten del tramo de la Nacional 260 que une Sabiñánigo con Biescas. Y aproximadamente a un kilómetro de Lárrede hacia el Norte, por una pista de tierra y piedras por la que pueden transitar vehículos, aunque a una velocidad muy moderada, está situada San Juan de Busa.

San Bartolomé de Gavín se encuentra muy cercana a la Nacional antes mencionada, la 260, pero ya en el tramo que lleva de Biescas a Broto. Nada más atravesar el túnel de Gavín, un gran cartel de madera, a la izquierda de la carrete-

ra si se circula en esa dirección, indica el desvío que hay que coger.

Ir, sin embargo, a Susín o a Otal es bastante más laborioso. Para llegar a la primera de dichas poblaciones, que cuenta en la actualidad con un único habitante, hay que atravesar el pueblo de Oliván y bajar hasta el barranco homónimo. Ante el puente que lo cruza hay una barrera con candado cuya llave tienen algunos propietarios de campos y residentes de la zona. Si está cerrada, resulta obligado dejar allí el coche y seguir a pie por la pista de tierra, hacia la izquierda, o bien campo a través, por alguna ruta de senderismo, todo ello, por lo general, bien señalizado. El camino hasta Otal, pueblo deshabitado, es todavía más dificultoso. En sus primeros tramos coincide con el de Susín, pero en vez de tomar el último desvío hacia dicha localidad hay que seguir hacia Basarán. Antes de llegar, una bifurcación de la pista principal, por la que sólo se puede ir a pie, conduce hasta Otal. Otro posible acceso, también caminando, parte de la Nacional 260, junto a la salida del túnel de Cotefablo, pero está peor señalizado y es fácil perderse.

Finalmente, para poder contemplar la actual ermita de San Juan de Rasal, junto al cauce del río Garona y algo alejada de la zona en la que se concentran los restantes ejemplos, se debe seguir la comarcal A-1205, entre Jaca y Triste. Un ramal de la misma lleva hasta Rasal. La ermita se emplaza al final de una pista forestal que nace en el lado izquierdo de esa vía, junto a un gran pino, unos centenares de metros antes de alcanzar la población.

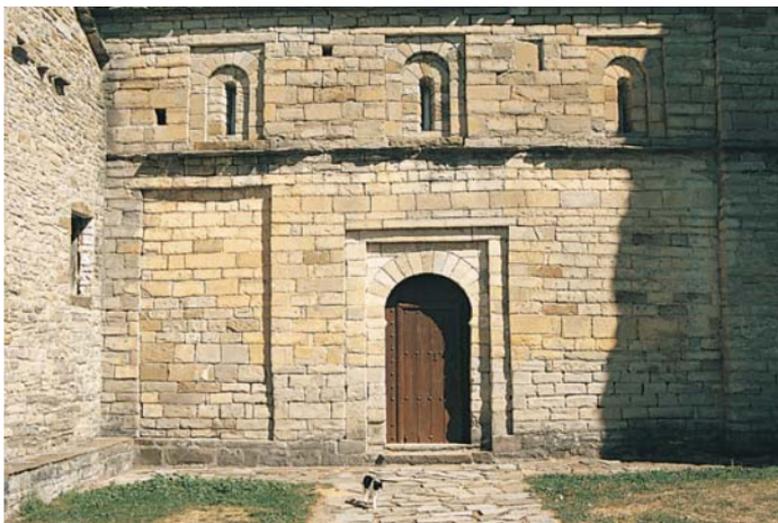
En el ábside y en las fachadas predominan las ventanas estrechas y alargadas, con arco de medio punto y doble derrame, es decir, con “forma de embudo” tanto por el exterior como por el interior: se trataba de captar y difundir la mayor cantidad de luz posible sin tener que horadar en exceso las paredes, ya que eso las haría más frágiles. En los muros de la nave, sin embargo, se pueden encontrar ventanas divididas en dos o tres vanos por columnitas que sustentan pequeños arcos de herradura. En su versión de tres vanos, este tipo de ventana se utiliza también en el cuerpo de campanas de las torres.

## **LOS ELEMENTOS ORNAMENTALES**

A pesar de sus limitaciones técnicas y de la ausencia de escultura monumental, quienes edificaron las llamadas iglesias de Serrablo supieron sacar el máximo partido de los modestos medios de que disponían para dotar a los edificios de una ornamentación de gran plasticidad y alto valor estético.

En el exterior se consiguen cambiantes juegos de luces y sombras, según varía el grado de incidencia de los rayos del sol, mediante el “rehundimiento” del muro en algunas zonas, donde se alternan de un modo muy original diversos elementos arquitectónicos de formas geométricas.

El ábside, por su valor simbólico —pues en él se halla el altar y tiene lugar el sacrificio de la misa—, es la parte más



*Fachada meridional de la iglesia de San Pedro de Lárrede*

decorada. Sobre su basamento, recorrido por una moldura semicircular convexa (toro o bocel), se distribuye una serie de arcos ciegos de medio punto, de poca profundidad, que apean en unas pilastras sin basa ni capitel. El número de arcos no es fijo, aunque siempre es impar, de modo que pueda abrirse en el centro una ventana que proporcione al altar luz natural. Las iglesias más elaboradas, como Lárrede o Busa, tienen siete arcos, pero también las hay de cinco (Susín) o de nueve (Otal). Por encima de esta arquería discurre un friso de “rollos” o baquetones redondeados, en disposición vertical, precedido por otra moldura convexa;

y, sobre él, dos hiladas de sillarejos en saledizo, que hacen las veces de cornisa.

Ese mismo friso de baquetones corona las cuatro caras de la torre de San Bartolomé de Gavín, en las que también se observan parejas de toscas rosetas circulares o ruedas, recuadradas, con un pequeño orificio central.

Otra forma de animar los muros es realzar las puertas y ventanas con un marco, a veces doble o triple, que puede ser rectilíneo, bien a base de arcos, o bien una combinación de ambos sistemas. Así se rompe la uniformidad de la



*Ábside de Santa María de Gavín, trasladado al parque municipal de Sabiñánigo*



*Puerta de ingreso a San Juan de Busa, decorada con palmetas esquemáticas*

fachada, en la que se superponen diferentes planos en profundidad de gran impacto visual.

El único testimonio del uso de la talla con cincel se localiza en una de las roscas del doble arco de ingreso a San Juan de Busa, donde se dispone un rústico bajo-relieve con una serie de palmetas esquemáticas. Como hecho excepcional, en el ábside de la iglesia de Susín aparecen varios grabados con figuras geométricas y un crismón. La disposición de este último —está indebidamente girado 90°— parece indicar

que se trata de un bloque reutilizado, procedente de alguna construcción anterior.

De la decoración original del interior de estos templos apenas queda nada. Muy probablemente, sus paredes esta-

rían enlucidas con una mezcla de cal y yeso, y pintadas al fresco con escenas evangélicas que servirían para aleccionar a los asistentes a los oficios religiosos. Se han podido rescatar pequeños fragmentos de las que cubrían el ábside de la iglesia de Susín, pero no las del monasterio de Basarán, ya irrecuperables cuando se procedió, en los años setenta, al traslado del edificio a Formigal.

### **Los “llorantes” de Susín**

En la Edad Media no se consideraba terminada por completo una iglesia hasta que sus recién levantadas paredes eran decoradas, por lo general con pinturas. Hoy en día, nos hemos acostumbrado a ver los edificios de esa época con los muros desnudos, con la piedra a la vista; pero, al igual que las estatuas griegas y romanas, en su origen policromadas, solían estar cubiertos de vivos colores.

Esa decoración servía no sólo para dotar al edificio de una atmósfera sacra y ayudar a configurar su espacio interior, sino también para instruir al fiel, normalmente iletrado, en los preceptos evangélicos, conmoverlo y atraerlo a la fe. Las escenas representadas debían ser vistas con claridad desde lejos y con poca luz, de modo que no se buscaban perspectivas ilusionistas, como tampoco se usaban gamas cromáticas oscuras o desvaídas, ni se abusaba de detalles superfluos.

Todas las iglesias de Serrablo debieron de tener algún tipo de ornamentación pintada. Sin embargo, sólo se conservan reducidos restos de los frescos que embellecían la parroquial

de Susín. Este templo sufrió importantes reformas en el siglo XVIII. El espacio litúrgico se reorientó, al trasladarse el altar de la cabecera a la zona de los pies. Donde en un principio se hallaban el presbiterio y parte del ábside, se construyeron un coro elevado y, sobre él, una torre. La obra arruinó las pinturas que cubrían la cabecera, lugar casi siempre reservado a la imagen de la divinidad —su bóveda era aprovechada para reproducir la bóveda celeste— y donde, por lo común, culminaba la historia que se relataba en los muros.

En 1966 fueron hallados dos fragmentos de esos frescos, que los expertos datan en la primera mitad del siglo XII. Para evitar su total deterioro, fueron arrancados y trasladados a lienzo, según era costumbre en aquel momento. Expuestos actualmente en el Museo Diocesano de Jaca, en el más pequeño se aprecian la mitad izquierda de una figura humana con el brazo levantado y parte de una inscripción; en el otro, de mayor tamaño, aparecen otros dos personajes, imberbes y con un nimbo de santidad alrededor de sus cabezas, que ladean hasta apoyarlas en una mano, en ademán de tristeza.

Estos vestigios son insuficientes para reconstruir la escena representada e interpretar su significado, pero sirven para valorar el trabajo de un artista conocedor quizá de la técnica de iluminación de manuscritos, ya que en algunos ejemplares oscenses contemporáneos se observan tratamientos pictóricos similares. Sus formas de expresión están relacionadas con las que primaban por aquel entonces en el sur de Francia y en el norte de Cataluña, áreas con las que se compartía cierta unidad cultural, si bien en las pinturas de Susín

se advierten rasgos arcaizantes, de carácter popular. Para que el fiel pudiese interpretar correctamente aquellas imágenes se solía recurrir a convencionalismos. Manos y rostros se recrean de un modo tosco, poco real. Se trata de que quede claro el mensaje que se pretende transmitir, no de representar de un modo naturalista unos personajes que destacan sobre fondos neutros, divididos en bandas planas de colores cálidos.

Los trazos, firmes y definidos, dibujan formas cerradas, sin volumen, y pliegues de mantos “idealmente organizados”. Para dar idea de movimiento se hacen converger dos líneas oblicuas: un brazo, por un lado, y la cabeza con el cuello, por otro. Así, la composición gana en dinamismo y se compensa la rigidez de unas figuras que, pese a su gesto forzado, a su candorosa ingenuidad y a todas las limitaciones técnicas con que han sido pintadas, son capaces de comunicar al espectador su dolor y hacer que éste pueda llegar a emocionarse.

*Los “llorantes” de Susín  
(Foto: Luis Mínguez)*





## TEORÍAS E INTERPRETACIONES



**L**a ausencia, ya reseñada, de documentación escrita acerca de la construcción de las iglesias del alto valle del Gállego ha dado pie a la elaboración de diferentes teorías, basadas en el análisis histórico-artístico de los propios monumentos. Ese estudio se ha visto dificultado por el desigual estado de conservación de los templos, en algunos casos tan deplorable que es complicado saber con certeza cuál pudo ser su aspecto primitivo. No hay prácticamente ninguno que conserve la totalidad de su fábrica original, debido a que la mayoría ha sufrido notables reformas encaminadas a rehacer lo destruido tras algún derrumbe parcial, a ampliar sus dimensiones, a colocar campanarios o a adecuar sus formas tanto a corrientes estéticas más modernas como a nuevas necesidades litúrgicas.

Se han preservado sin grandes modificaciones las iglesias de Lárrede y Busa. Sin embargo, en las restantes, fragmentos relevantes de sus fachadas ya no se corresponden con los originales. Así, por ejemplo, de la inicial iglesia de San Bartolomé de Gavín sólo se mantiene en pie la torre y una reducida porción del muro meridional de la nave. Por lo común, los ábsides son las zonas que mejor se han conservado, siendo el único vestigio original de Santa María de Gavín o de la primitiva San Juan Bautista de Rasal.



*Interior de San Juan de Busa durante las obras de restauración (Foto: Fanlo)*

Paralelamente, castigadas por el abandono, en casi todas ellas ha sido necesaria alguna obra de reconstrucción para evitar su inminente hundimiento. Los diferentes criterios seguidos en estas intervenciones, desde las primeras, realizadas en la década de 1930, hasta las de fechas recientes, siempre han sido discutidos, puesto que, en algún caso, los edificios han sido despojados de añadidos o se han recreado sus supuestas formas primigenias exclusivamente sobre la base de indicios y comparaciones.

## **EL DESCUBRIMIENTO PARA LA HISTORIA DEL ARTE Y LAS PRIMERAS CONTROVERSIAS**

Rafael Sánchez Ventura fue quien dio a conocer a los historiadores del arte la existencia de unas sorprendentes iglesias edificadas en un apartado rincón del Prepirineo oscense, de las que tuvo noticia a través de un cazador que frecuentaba la zona. En 1922, acompañado por el fotógrafo Joaquín Gil Marraco, visitó Lárrede, donde descubrió un templo cuyas formas le llamaron poderosamente la atención.

Once años después, en 1933, el propio Sánchez Ventura, en colaboración con Francisco Íñiguez Almech, amplió esa primera noticia en un estudio publicado en una revista especializada en temas de arte y arqueología. En el artículo, ilustrado con fotografías, planos y dibujos, se destacaban las peculiaridades de unos monumentos cuyos rasgos originales se hallaban enmascarados por añadidos, repintes, coros altos, retablos renacentistas o barrocos, o bóvedas de lunetos, tal como todavía se puede apreciar hoy en la iglesia de Santa Eulalia de Susín.

Aunque su decoración arquitectónica, en especial la de los ábsides, ofrecía unas características «separadas por completo de todo lo conocido», ambos autores se aventuraron a apuntar —siempre con reservas y dejando claro que se trataba de meras hipótesis, pues no podían «dar por seguro algo que no lo es»— que este conjunto de iglesias

parecía «traducir un mozárabe mal interpretado y peor conocido, de principios perdidos y lejanos». Un particular estilo que no prosperaría fuera de la zona, «pobre y olvidada en cuanto la Reconquista fija como centro Huesca», al ser ahogado por el gran poder uniformador del románico pleno. A su parecer, los primeros ejemplos se fecharían en el siglo XI, ya en tiempos de Ramiro I, mientras que los últimos podrían ser contemporáneos a la catedral de Jaca y aun posteriores, es decir, de finales de esa centuria.



*Interior de San Pedro de Lárrede en 1922 (Foto: Gil Marraco)*



*Interior de la iglesia parroquial de Susín, donde todavía se mantiene la decoración del siglo XVIII*

Los descubrimientos de Sánchez Ventura e Íñiguez Almech pronto captaron la atención de otros especialistas, que se interesaron vivamente por sus teorías. La insólita conjunción de fórmulas de tradición islámica con otras propias del vocabulario románico hizo que se sucedieran opiniones divergentes sobre sus constructores, sus posibles promotores y la fecha de su erección.

Así, se generó una controversia que, en gran medida, todavía se mantiene viva en nuestros días.

Uno de los trabajadores que participó en las tareas de restauración de San Pedro de Lárrede aportaba los siguientes detalles sobre la misma:

«El suelo de la iglesia era todo de madera y al eliminarlo y tener que hacerlo de piedra salieron numerosos restos humanos. La nave de la iglesia, de medio para atrás, presentaba un coro sin bóveda de cañón, como tenía la otra mitad. Todo el interior estaba recubierto por un revoque de cal que fue picado totalmente hasta dejar la piedra a la vista. Los tejados fueron restaurados en su totalidad y la torre fue rejuntada en las partes más deterioradas. La piedra que se utilizó en la restauración la traían de una cantera que se encuentra junto a La Torraza [torre vigía próxima al pueblo].»

## **LAS TESIS MOZARABISTAS**

Mozárabes son los habitantes de la España dominada por los musulmanes que conservaron su credo cristiano. Además de su religión, fueron respetadas sus haciendas, su administración y sus leyes, pues éste es el trato que prescribe el Corán para quienes se atienen a los preceptos de la Biblia (tanto judíos como cristianos), considerada un importante libro sagrado. La mayor parte de la población hispanovisigoda se convirtió al Islam, por lo que los mozárabes constituyeron una minoría tolerada que contó con sus propios dirigentes civiles y eclesiásticos. A cambio,

debían pagar un impuesto especial y acatar en todo momento las decisiones de las autoridades mahometanas.

Con el paso del tiempo, muchos de estos mozárabes fueron adoptando algunos de los modos de vida (idioma, indumentaria, etc.) de la comunidad mayoritaria, como se advierte en el nombre que se les dio: la palabra “mozárabe” significa “arabizado” o “el que procura parecerse a los árabes”. Esta tendencia también tuvo reflejo en su forma de edificar, de raíz tardorromana y visigótica, pero en la que aplicaron soluciones propias de la arquitectura musulmana.

Sánchez Ventura e Íñiguez Almech fueron los primeros en utilizar el término “mozárabe” para referirse a las iglesias localizadas en el alto valle del Gállego. El empleo del arco de herradura, aunque de extrañas proporciones, y el enmarcamiento de los vanos, que asimilaron al alfiz que recuadra los arcos en el arte islámico, les llevaron a considerar que podría tratarse de obras levantadas por mozárabes apegados a singulares tradiciones locales.



*Ventana con arcos de herradura  
en San Pedro de Lárrede*

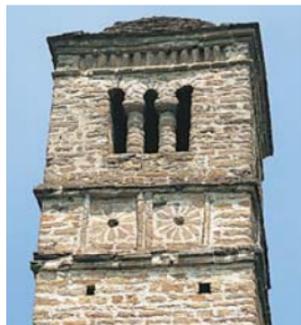
Varios de los investigadores que las estudiaron después también hicieron constar la presencia de un fuerte influjo del arte musulmán, aunque siempre con matizaciones. Manuel Gómez-Moreno sugirió la posible participación en su construcción de maestros de obras procedentes del Sur de la Península. Y de nuevo Íñiguez, a mediados de los sesenta, intentó consolidar la teoría del mozarabismo aludiendo al parentesco formal de las torres-campanario de Lárrede y San Bartolomé de Gavín con los minaretes (torres desde las que se llama a la oración) de algunas mezquitas sirias; no hay que olvidar que en la Marca Superior de Al-Ándalus, en la que se integró el valiato oscense, no se instalaron apenas bereberes norteafricanos, como ocurrió en la mayor parte de la Península Ibérica, y sí familias procedentes de Yemen y Siria, consideradas de rango superior a las magrebíes.

Sin embargo, quien desarrolló una teoría estructurada en esa línea de pensamiento fue Antonio Durán Gudiol. Según este autor, la comarca sobre la que se asienta este grupo de iglesias fue una de las pocas áreas del Prepirineo donde el dominio musulmán fue efectivo. Como resultado de las incursiones de aragoneses y navarros, y de la llegada de clérigos y monjes cristianos procedentes del territorio oscense ocupado por los musulmanes, se fundaron varios monasterios (Cercito, Fanlo, Nocito, etc.) a lo largo del siglo X, que impulsaron la creación de parroquias rura-

les. Pero la zona seguiría dependiendo política y administrativamente de las autoridades islámicas de Huesca hasta que Sancho *el Mayor*, ya en el siglo XI, lograrse consolidar la expansión del reino de Pamplona. Por ese motivo, Durán calificaba a la región de mozárabe, al entender que en ella se habría extendido el cristianismo cuando todavía se hallaba bajo el control musulmán.

En su obra *Arte altoaragonés de los siglos X y XI* (1973) señala varias etapas en la evolución de la arquitectura de la comarca, que luego detalla en su *Guía monumental de Serrablo* (1978), escrita en colaboración con Domingo Buesa Conde. En una primera fase, en torno al año 950, todavía no se utilizarían los marcos de los vanos o alfices, ni tampoco el ábside semicircular, sino que, como sucedería en San Bartolomé de Gavín, la cabecera era de planta cuadrada.

La segunda y principal de esas etapas se extendería, aproximadamente, entre los años 950 y 1000, y en ella se datarían los ejemplos más representativos (Lárrede, Busa, Otal, Basarán, Rasal y la parroquial de Gavín), salvados de las razias de Almanzor y Abdalmalik por encontrarse en zona de jurisdicción islámica. Sus constructores serían concedores tanto del arte musulmán como del cristiano de los valles próximos, en los que se erigirían algunos cenobios de tradición carolingia, y tal vez del que estaba



*Iglesia de San Bartolomé de Gavín*

en boga en el reino de Pamplona, donde despuntaba el monasterio de Leyre.

En fechas posteriores, cuando la soberanía navarra ya fuera definitiva, se abandonaría el empleo de los elementos heredados del mundo islámico: el arco de herradura y el alfiz. Y en la fase final, entre 1025 y 1040, el único rasgo distintivo conservado sería el friso de baquetones, puesto que la cabecera de las iglesias, en su exterior, se vería despojada de los restantes elementos ornamentales o mostraría ya la influencia de unas nuevas formas derivadas del primer arte románico, de origen lombardo: en la parte superior, una serie de pequeños arcos ciegos de medio punto; y en el resto del muro, unas pilastras conocidas



*Parroquia de Banaguás, al oeste de Jaca*

como lesenas o bandas lombardas, que lo recorren verticalmente.

La activa y empeñosa asociación Amigos de Serrablo ha extendido y popularizado tanto la terminología como la secuencia cronológica elaboradas por Durán Gudiol, uno de sus principales mentores. Los carteles señalizadores, las guías turísticas e, incluso, la declaración oficial de Monumento Histórico-Artístico se refieren a estas iglesias como mozárabes. Para reafirmar ese carácter, miembros de la Capilla del Corpus Christi de la Catedral de Toledo, a instancias de la citada agrupación cultural, han venido oficiando anualmente, desde 1972, una misa de rito mozárabe en alguno de estos templos.

### **Los Amigos de Serrablo**

En mayo de 1971 nacía oficialmente la asociación Amigos de Serrablo, con sede en Sabiñánigo, presidida por Julio Gavín Moya. Su objetivo primordial era rescatar del abandono un conjunto de pequeñas iglesias de la comarca con unas características únicas en el arte español. Con el tiempo, a esa meta inicial, de por sí ambiciosa, se fueron añadiendo otras, tendentes a estimular la revitalización de la comarca y a salvaguardar su identidad cultural.

En la actualidad, sus miembros son alrededor de 800. Todos ellos contribuyen con el pago de una cuota anual y los hay que, además, ocupan desinteresadamente sus ratos libres

en distintas tareas: restauración de edificios, montaje de exposiciones, visitas a los pueblos de la zona para recopilar tradiciones u objetos con valor etnográfico, etc.

Su dedicación ha resultado decisiva a la hora de dar a conocer y preservar un excepcional legado en trance de desaparición. Pese a que, en alguna oportunidad, los criterios de restauración seguidos han sido puestos en tela de juicio por determinados especialistas, la labor que esta asociación ha desarrollado durante los tres últimos decenios ha salvado de la ruina a más de veinte templos medievales. Algunas veces, Amigos de Serrablo no ha contado con más aportación económica que la propia para ejecutar esas obras, aunque también han colaborado con ellos diferentes entidades privadas e instituciones; en 1985, por ejemplo, fue creada una escuela-taller de restauración con la ayuda del Ministerio de Trabajo.

Su gran dinamismo les ha llevado a diversificar sus actividades y a poner en marcha nuevos proyectos. Así, en 1979 fue inaugurado en Sabiñánigo, en el barrio de El Puente, el Museo Ángel Orensanz y Artes Populares de Serrablo. Instalado en la llamada Casa Batanero, vivienda representativa de la arquitectura popular de la comarca, en él se exponen más de 2.000 piezas antiguas que ilustran cómo era en el pasado la vida cotidiana de los habitantes del Alto Aragón. Pocos años después, en 1986, abrió sus puertas el Museo de Dibujo “Castillo de Larrés”, el único de España consagrado en exclusiva a esta faceta del arte.

Amigos de Serrablo organiza todos los años un salón internacional de fotografía y convoca, con periodicidad bienal, un premio nacional de dibujo. A todas estas iniciativas hay que sumar la preparación de exposiciones, conferencias, jornadas técnicas y congresos, así como la publicación de un boletín trimestral y la edición de varios libros, en su mayor parte relacionados con el patrimonio artístico.

Su destacada contribución ha sido reconocida con la concesión de distinciones nacionales e internacionales, entre ellas la Medalla del Año Europeo del Patrimonio Arquitectónico (1975), el Premio de Conservación de la Fundación Ford (1985), la Medalla de Oro a las Bellas Artes (1985) y la Medalla al Mérito Cultural (1992).



*Museo Ángel Orensanz y Artes de Serrablo*

## SU INCLUSIÓN EN EL PRIMER ROMÁNICO

La teoría que asigna la construcción de estas iglesias a comunidades mozárabes del siglo X ha sido rebatida, sin embargo, por otros estudiosos, sobre la base de argumentos tanto históricos como artísticos. Según su criterio, parece poco probable que los musulmanes, de mantener el control sobre esa comarca, fronteriza con el enemigo, hubiesen permitido que fuera cristianizada de una forma tan intensa. Además, los mozárabes tenían prohibido hacer proselitismo y su derecho a construir nuevos templos en territorio islámico estaba muy limitado, ya que las autoridades temían su posible expansión.

Por otra parte, para poder llevar a cabo una empresa constructiva de tal envergadura era preciso que la zona viviera una etapa de estabilidad política y militar, así como de cierta bonanza económica, condiciones que no se alcanzaron hasta ya avanzado el siglo XI.

En el terreno artístico, resulta evidente el empleo de un repertorio de recursos habitual en el arte románico (el ábside semicircular, el arco de medio punto, etc.). Por dicho motivo, José Gudiol Ricart y Juan Antonio Gaya Nuño, en 1943, ya catalogaron estas iglesias dentro de una etapa inicial del románico aragonés; y lo mismo hicieron Ángel Canellas y Ángel San Vicente, quienes incluyeron la parroquia de San Pedro de Lárrede en su estudio sobre el Ara-



*Interior de la iglesia parroquial de Oliván.  
Detalle del ábside y del inicio de la nave*

gón románico publicado en 1971 por la editorial francesa Zodiaque.

En fechas más recientes, Fernando Galtier, Manuel García Guatas y Juan Francisco Esteban, profesores de la Universidad de Zaragoza, han profundizado en el análisis de estos templos, a los que dedicaron un amplio capítulo de su libro *El nacimiento del arte románico en Aragón* (editado por la Caja de Ahorros de la Inmaculada, en 1982). En el mismo se reafirma su carácter románico y, en concreto, se defiende la tesis de que sus origina-

les formas constituyen una variante local, de la segunda mitad del siglo XI, de una primera fase de este estilo, conocida como “románico lombardo” por tener en la región italiana de Lombardía su primitivo foco de difusión.

### **Los *magistri Comacini***

A finales del siglo X y comienzos del XI, se desencadenó una aguda crisis política y social en el Norte de Italia, que obligó a emigrar a parte de su población. Cuadrillas de constructores lombardos se diseminaron entonces por distintas zonas del centro y el Sur de Europa, adonde llevaron su particular forma de edificar. Estos maestros de obras eran continuadores de una tradición arquitectónica basada en el empleo del ladrillo que se remontaba a época tardorromana y que continuaba en parte vigente en la provincia de Ravena, el Véneto y el Valle del Po. En la región de los Alpes se seguían utilizando también esas mismas fórmulas constructivas y decorativas, pero trasladadas a la piedra ya que, al igual que en las comarcas pirenaicas, con unas características físicas parecidas, allí escasean los depósitos aluviales de arcilla y, por el contrario, abundan las afloraciones de piedra en delgados estratos superpuestos.

La llegada de esos *magistri Comacini*, como se les llamaba por ser muchos de ellos originarios de los alrededores del lago Como, supuso un importante salto cualitativo en la evolución de la arquitectura en diversas áreas de Europa, donde se multiplicaron las fortalezas defensivas y se difundió un modelo de iglesia característico: de una o tres naves rectangulares cerradas por ábsides semicirculares y con una alta torre-campanario. El material empleado en su construcción era un sillarejo de fino acabado, apare-

jado en hiladas regulares. El nuevo sistema constructivo incluía el arco de medio punto, la bóveda de arista y el denominado pilar de triple esquina, cuya forma está condicionada por dicho tipo de cubierta.

En el apartado ornamental, se extendió el empleo de motivos geométricos. En el interior de las cabeceras se abrieron nichos o exedras y arcadas ciegas. Al exterior, los muros se articularon mediante pilastras adosadas



*Ábside meridional de la iglesia de San Paragorio de Noli (Italia)*

(lesenas o bandas lombardas) coronadas por series de arquillos. Y también fueron comunes los enmarcamientos de los vanos, junto con frisos de rombos, dientes de sierra o zigzags que recuerdan la decoración de los monumentos mudéjares, de ladrillo, erigidos varios siglos más tarde.

En la Península Ibérica, ese impulso innovador se apreció en primer lugar en algunos condados del Norte de

la actual Cataluña, conectados con la Italia septentrional por mar o a través de la Provenza francesa, por rutas terrestres que seguían el trayecto de una antigua calzada romana, la Via Domitia.

A comienzos del siglo XI, esos condados pirenaicos, donde los carolingios habían introducido tiempo atrás la liturgia romana, atravesaban un periodo de crecimiento demográfico y económico que se tradujo en un proceso de renovación arquitectónica. Se remozaron muchas iglesias antiguas y se construyeron otras nuevas, en alguna de las cuales, como atestiguan

las fuentes escritas, trabajaron artífices lombardos. Entre los principales promotores de esas obras se encontraban los condes de Urgel y, sobre todo, Oliba, obispo de Vic, fundador del monasterio de Montserrat y abad de los de Ripoll y Cuixà, dos sobresalientes centros culturales de la



*Cabecera de la iglesia de San Martín de Oliván*

época —en el primero había completado su instrucción Gerberto de Aurillac, que ejercería el pontificado con el nombre de Silvestre II (999-1003)—.

### **Su repercusión en el actual Alto Aragón**

El influjo de la arquitectura lombarda prendió en el condado de Ribagorza antes y más intensamente que en el resto de los que luego integrarían el reino de Aragón, debido a dos factores: su proximidad geográfica a tierras catalanas (linda con los condados de Urgel y Pallars, al que estuvo unido temporalmente) y su particular situación política y religiosa (desde el año 956 tenía sede episcopal propia, en Roda de Isábena, en la que tempranamente se introdujo la liturgia romana, pues dependía de la provincia eclesiástica de Narbona, al igual que los territorios catalanes cercanos).

Tras la devastadora incursión de Abdalmalik, en el año 1006, el conde Guillermo Isárnez y el abad de Santa María de Obarra, Galindo, encabezaron la reconstrucción material y administrativa de la Ribagorza. Atraídos por ese movimiento regenerador, en el primer tercio del siglo XI se instalaron en el condado maestros de obras de origen lombardo, seguramente procedentes de Cataluña, que dirigieron la edificación del castillo de Fantova, probable residencia real, y comenzaron a levantar varios templos, entre los que destacan el monasterio de Obarra y la catedral de San Vicente de Roda de Isábena, que habían sido destrui-

dos por los musulmanes. Estas obras diferían mucho de las hechas hasta el momento en la comarca, como la ermita de San Aventín de Bonansa o la de los Santos Juan y Pablo de Tella, contemporáneas de las lombardas, que mantienen las características de la tradición prerrománica local: reducidas dimensiones, ábsides ultrasemicirculares, ausencia de decoración arquitectónica y una fábrica muy rudimentaria, con un aparejo que combina piedras de distinto tamaño, poco trabajadas y colocadas en hiladas desiguales con la ayuda de una gran cantidad de argamasa.

La muerte de Guillermo Isárnez en 1017 y la ocupación del condado por parte de las tropas de Sancho *el Mayor* de Pamplona, supuso, sin embargo, que muchos de aquellos trabajadores lombardos abandonaran las obras iniciadas, que concluirían, tiempo después, artesanos locales menos diestros, como evidencian los cambios de planes y la irregularidad de las terminaciones.

El monarca navarro, que contó entre sus asesores con Borrel, obispo de Roda consagrado en Seo de Urgel, y el prelado catalán Oliba, también se sirvió, no obstante, de maestros de obras lombardos para mejorar su entramado defensivo, merced a la erección de los castillos de Abizanda, en el condado de Sobrarbe, y de Loarre (su núcleo más antiguo: parte del recinto amurallado y las torres conocidas como “de la reina” y “del homenaje”), en el de Aragón. Durante su reinado se edificó, asimismo, la iglesia de San



*Iglesia de San Caprasio, en Santa Cruz de la Serós, erigida por maestros de obras de origen lombardo durante el reinado de Sancho el Mayor*

Caprasio en Santa Cruz de la Serós, una fundación ligada a la familia real próxima al monasterio de San Juan de la Peña y el único monumento religioso concluido de acuerdo a los cánones lombardos en lo que hoy es Aragón.

Los canteros locales intentaron asimilar las formas y las técnicas de la arquitectura lombarda, más evolucionada que la autóctona, pero sin mucha fortuna. Como consecuencia, las cubiertas de madera o las bóvedas de cañón acabaron por reemplazar a las de arista. Los muros perdieron solidez y el pilar de triple esquina dejó de

ser usado. Sin embargo, la pervivencia de los motivos decorativos, llamativos y sencillos de imitar, fue mucho mayor, si bien normalmente fueron readaptados a diferentes tradiciones comarcales.

### **El “lombardismo” y las iglesias de Serrablo**

García Guatas, Esteban y Galtier —especialmente este último, que ha publicado varios artículos sobre las iglesias del “círculo larredense”— coinciden en señalar que estos templos son producto de la adecuación, en el periodo final del reinado de Ramiro I y los primeros años del de su sucesor, Sancho Ramírez (esto es, entre los años 1050 y 1070, aproximadamente), de ciertos hábitos decorativos de la zona a un esquema de concepción netamente “lombardista”, aunque condicionado por limitaciones materiales, económicas y técnicas.

Según estos autores, la mayor parte de los arcos de herradura, excepción hecha de los que tienen una misión meramente ornamental, no son tales, ni tampoco los alfices lo son realmente. Como propios del primer románico identifican el aparejo regular, el ábside semicircular, las torres-campanario, el espacio interior unitario, sin compartimentaciones, los vanos de medio punto con doble derrame y la decoración arquitectónica de los muros, novedades que habrían sido “importadas” del Norte de Italia, donde se edificaron numerosos templos con esas mismas características.

La adopción de este modelo constructivo daría lugar, en la mitad occidental del reino de Aragón, al ocaso de sistemas anteriores, alguno de cuyos principales exponentes han sacado a la luz estudios o excavaciones arqueológicas recientes: las iglesias de “El Corral de Calvo” en Luesia, San Andrés en Concilio, Nuestra Señora de la Asunción en Tris-

te, Santa María de Liena en Murillo de Gállego, Santa Isabel en Espuëndolas (que en la documentación aparece mencionada como San Julián de Asperella), San Jacobo en Ruesta o San Bartolomé en Bergua, entre otras, así como las primitivas fábricas de San Pedro de Siresa y de Santa María en Santa Cruz de la Serós, que serían modificadas posteriormente.

Todas ellas, de exiguas dimensiones, tienen una o varias naves rectangulares, cabeceras de planta cuadrada en el exterior y paramentos irregulares y lisos, de aspecto tosco.



*Imposta acabada en pico, que da al arco aspecto de berradura, en la puerta que comunica al exterior uno de los brazos de la nave transversal de San Pedro de Lárrede*

Sin embargo, en las iglesias de Serrablo las aportaciones del arte románico-lombardo alternarían en perfecta sintonía con motivos arcaizantes transmitidos de generación en generación, tal vez procedentes de la arquitectura en madera (el friso de baquetones), de la que no queda rastro, o heredados de época hispanovisigoda, tesis ya sostenida por José Camón Aznar. La utilización de fórmulas originarias de ese periodo, no sólo en lo artístico sino también en lo religioso o en lo legislativo, fue habitual en las regiones peninsulares que se vieron libres de la dominación musulmana o donde ésta fue únicamente testimonial.

Así, los vanos con arcos de herradura no procederían del arte islámico, sino del tardorromano o del hispanovisigodo, pues también en esos periodos fueron utilizados; del último de los citados derivaría su aparición, por ejemplo, en el prerrománico asturiano (Santianes de Pravia, San Salvador de Valdediós). Entre los testimonios de esa longeva tradición figurarían las ventanas dobles o geminadas, con pequeños arcos de herradura ornamentales, que han sido localizadas en Sos del Rey Católico (palacio de los Sada), Murillo de Gállego, Biel o Loarre —esta última, ya desaparecida—, así como en la torre de la iglesia de San Andrés de Guasillo, cercana a Jaca. Estos vanos se colocarían a modo de celosía tanto en la parte alta de los pies de los templos como en su cabecera, todavía de planta recta, para, además de servir de foco de luz, airear las cubiertas de madera y evitar su rápido deterioro. Cuando se iniciase

el empleo del ábside semicircular, este tipo de arcos abandonaría las cabeceras y pasaría a ocupar otros puntos de la fachada, ya que su forma no se adapta bien a una pared de perfil curvo.



*Antigua cabecera de Santa Eulalia de Susín, ahora a los pies, tras la reordenación de su espacio litúrgico*

Pero tampoco serían de extrañar otras fuentes de inspiración. En la biblioteca del cenobio de San Andrés de Fanlo se guardaban varios “libros toledanos”, como se denominaba convencionalmente en esa época a los códices hispanovisigodos y mozárabes o a aquéllos que los transcribían o los comentaban. Uno de ellos era un “beato” (nombre aplicado a los libros que reproducen los *Comentarios al Apocalipsis* de un monje de Liébana del siglo VIII llamado Beato), perdido en la actualidad pero copiado en el siglo XVII, con imágenes pintadas en

acuarela, a iniciativa de dos ilustrados aragoneses, Vicencio Juan de Lastanosa y Juan Francisco de Andrés de Uztárroz.

El estudio de lo que queda de esa copia, hoy en los Estados Unidos de América, ha permitido precisar que el

original era un manuscrito de comienzos del siglo XI, probablemente un regalo de Ramiro I a Banzo, abad de San Andrés de Fanlo. Este eclesiástico se había destacado por su decidida participación en las campañas de lucha contra el Islam —entre otras iniciativas, mandó construir una torre de madera que facilitó la toma de Alquézar— y tenía gran ascendiente en Jaca, capital de la Corte ramirense, donde había adquirido varios inmuebles. Sin embargo, poco después de la llegada al trono de Sancho Ramírez cambió su suerte. Banzo se mostró opuesto a la sustitución de liturgia mozárabe por la romana y se enfrentó con el nuevo monarca. La disputa se saldó con su renuncia a la silla abacial y su posterior reclusión en el cenobio de San Martín de Cercito.



*Iglesia de Santa María de Isún de Basa*

San Andrés de Fanlo era el principal monasterio de la comarca, pues había incorporado a sus posesiones nuevas tierras hasta convertirse en uno de los más poderosos del reino y desempeñó un papel protagonista en las empresas de repoblación y cristianización. Su apoyo a los rituales vigentes desde hacía siglos parece refrendar su apego a la tradición. Esa oposición a la introducción de nuevos usos litúrgicos pudo ser paralela a cierto conservadurismo en materia artística. Los beatos están iluminados con abundantes miniaturas en las que es fácil encontrar representaciones idealizadas de ciudades, templos, fortalezas y altas torres, donde siempre aparece el arco de herradura. Y es posible que el influjo de esas ilustraciones modelase el gusto de los promotores de las edificaciones, que podían haber impuesto a los constructores tanto las características básicas como los detalles de la obra que sufragaban.

En conclusión, para los partidarios de asignar a las iglesias de Serrablo una cronología más tardía y de su adscripción a modelos “lombardistas”, estos templos no serían sino un elocuente ejemplo de la fusión de diversas tradiciones locales con formas plásticas foráneas, en un momento de la historia pujante, en el que proliferaron en diversos puntos de Europa los intentos por desarrollar nuevas corrientes estéticas, mientras se estaba gestando lo que sería el arte románico pleno, el primer estilo único para todo el Occidente cristiano después de la caída del Imperio Romano.

## **Un gran desconocido: el Museo de Dibujo “Castillo de Larrés”**

A comienzos de los años ochenta, la asociación Amigos de Serrablo decidió impulsar la creación de un museo dedicado de forma monográfica al dibujo, en todas sus variantes: artístico, ilustración, diseño, humor gráfico, cómic, etc.

Para ello se escogió la población de Larrés, situada a orillas del río Aurín y cuna de la familia Ramón y Cajal. Allí se levantaba un castillo semiabandonado cuyos orígenes se remontaban a la Alta Edad Media, aunque su configuración actual es de finales del siglo XIV y principios del XV. Se articula alrededor de un patio central rematado por arcos apuntados góticos y en dos de sus ángulos opuestos se levantan torreones de planta rectangular. Perteneció, hasta finales del siglo XIX, a la familia de los Urriés, oriunda de la localidad y de gran predicamento en la comarca.

En 1983, sus entonces propietarios, los hermanos Castejón Royo, lo donaron a la asociación y ese mismo año se inició la restauración del edificio, que se encontraba en un precario estado de conservación, a la vez que se entraba en contacto con diversas galerías de arte, pintores y dibujantes. Tres años después, el 14 de septiembre de 1986, se inauguraba oficialmente el deseado museo, el único en España de su clase.

En la actualidad, su fondo ronda las 2.300 obras, de casi 800 artistas, entre los que figuran algunos de los españoles más señalados del siglo XX. En conjunto, se exhiben al público unos 400 dibujos, distribuidos en catorce salas. Buena par-

te de los mismos está expuesta permanentemente, mientras que el resto de la colección va rotando.

La planta baja alberga exposiciones temporales en los meses de verano, junto con una muestra del trabajo de autores aragoneses de gran renombre (Francisco Pradilla, Pablo Serrano, Honorio García Condoy, Santiago Lagunas, Antonio Saura, etc.), así como de conocidos profesionales de la ilustración. En el primer piso, donde se ubican las estancias más amplias, se pueden contemplar dibujos de, entre otros muchos, Salvador Dalí, Ignacio Zuloaga, Mariano Benlliure, Daniel Vázquez Díaz, Juana Francés, Joan Hernández Pijoan, Martín Chirino, Eduardo Úrculo o Álvaro Delgado. Los pisos superiores están dedicados al humor gráfico y a la historieta, géneros que arrastran a gran cantidad de seguidores en España.

En 1998 fue adquirido un edificio anejo al castillo y de su misma época que, una vez rehabilitado, ha pasado a guardar los fondos bibliográficos del museo.

## LA PERVIVENCIA DEL MODELO



**E**l patrón constructivo de las llamadas iglesias de Serrablo no tuvo mucha continuidad en el tiempo. Se habían conseguido resultados novedosos, de primer orden, sobre todo en el apartado ornamental, pero las nuevas modas, el cambio de liturgia (con lo que supone de modificación del ritual y de la adecuación a éste de los espacios ceremoniales) y la impericia de quienes lo tomaron como ejemplo hicieron que esta arquitectura resultara una experiencia aislada en una comarca que, con la progresiva ampliación territorial del reino a costa del Islam, acabó siendo marginal.

Las iglesias que se edificaron después en la zona, también con sillarejos calizos, carecen de varios de los elementos que caracterizan a las descritas anteriormente, en particular el enmarcamiento sucesivo de los vanos y el arco de herradura, ya sea real o simulado. Pero, durante un tiempo, mantienen otros: así, por ejemplo, en Santa Eulalia de Orós Bajo está presente la arquería ciega del ábside, aunque falta el friso de baquetones.

Por el contrario, ese friso se puede observar en San Pedro de Lasieso, tanto en la torre como en uno de sus ábsides, y también en San Martín de Ordovés. Y lo mismo sucede en algunos templos de áreas limítrofes, como el



*Iglesia de San Pedro de Lasieso, ligada a la figura de Sancho Ramírez, hijo natural de Ramiro I y hermanastro, por tanto, del rey de Aragón de igual nombre*

Campo de Jaca (Banaguás, Larrosa, Lerés) o la Sierra de Guara (Nasarre, Sescún).

El reinado de Sancho Ramírez, en el último tercio del siglo XI, marcó, sin embargo, un punto de inflexión en la evolución del arte aragonés, ya que abrió la puerta a la difusión del románico pleno o francés, que se impondría en gran parte de Europa y que acabaría con muchas de las variantes arquitectónicas autóctonas. De la mano de la expansión monacal dirigida desde la abadía benedictina de Cluny (Francia), ajena a cualquier frontera política, y como consecuencia del auge de la peregrinación a Santiago de Compostela, una de cuyas vías atravesaba Aragón, llegaron a este territorio formas de edificar hasta entonces desconocidas.

La mayor prosperidad de ese periodo, debida al pago de tributos o parias por los musulmanes y al nacimiento de florecientes flujos comerciales, hizo posible la erección de templos de mayores proporciones, con grandes piedras sillares, y la circulación de trabajadores itinerantes. El progreso de las técnicas arquitectónicas posibilitó la difusión de las cubiertas abovedadas pétreas, y se generalizó también la escultura monumental, muchas veces con una intención docente, con la que se enfatizaron las portadas. Paralelamente, los ábsides, cuya forma semicircular dificultaba la colocación de imágenes esculpidas, perdieron parte de su protagonismo.

La catedral de Jaca, ciudad capital del reino y sede de la principal autoridad eclesiástica, fue el epicentro en la propagación de este nuevo estilo, ya de ámbito internacional.



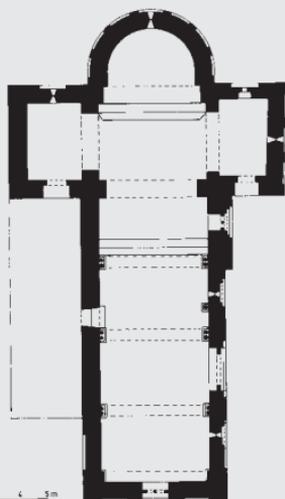
*San Martín de Ordovés, en el valle del Guarga*

## San Pedro de Lárrede

Considerada la obra señera del conjunto monumental serrablés, destaca por ser la única con planta de cruz latina y techumbre abovedada de piedra, reconstruida de acuerdo con los indicios conservados. El interior de su nave longitudinal está dividido en cinco tramos por columnas pareadas, con sencillas losas como basa y capitel. Se ilumina a través de ventanas dispuestas en la cabecera, en los pies y en la fachada sur. Dos de ellas poseen arcos ornamentales de herradura, mientras que las restantes son de medio punto.

Es una de las iglesias altomedievales de la comarca que ha sufrido menos alteraciones y en la que mejor se aprecian los juegos de luces y sombras generados por el “rehundimiento” del muro y el enmarcamiento repetido de los vanos.

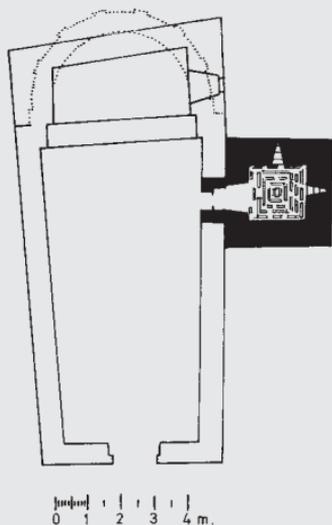
Su esbelto campanario, construido sobre uno de los brazos de la nave transversal, se divisa desde diferentes puntos del valle. En las cuatro caras de su cuerpo superior se abren ventanas de tres vanos con pequeños arcos de herradura.



## San Bartolomé de Gavín

Debió de ser la iglesia parroquial de un pueblo del que no ha quedado ninguna huella. Del templo original sólo se mantiene en pie un fragmento del muro sur y la torre-campanario, en ese mismo lado por razones topográficas, que se levanta sobre un basamento troncopiramidal diferenciado del resto de la construcción.

Lo más singular de esta torre es su decoración. En la cara sur, a poca altura, se localiza una ventana con un arco de herradura sobre un dintel. En la parte superior se distribuyen ventanas de triple vano, también con arcos de herradura. Sobre ellas discurre un friso de baquetones, habitual en los ábsides, y debajo de las mismas se pueden ver parejas de rudimentarios rosetones, enmarcados por recuadros. Se cubre con una bóveda esquifada, hecha por aproximación de hiladas, al igual que la del campanario de San Pedro de Lárrede.



Sobre ellas discurre un friso de baquetones, habitual en los ábsides, y debajo de las mismas se pueden ver parejas de rudimentarios rosetones, enmarcados por recuadros. Se cubre con una bóveda esquifada, hecha por aproximación de hiladas, al igual que la del campanario de San Pedro de Lárrede.

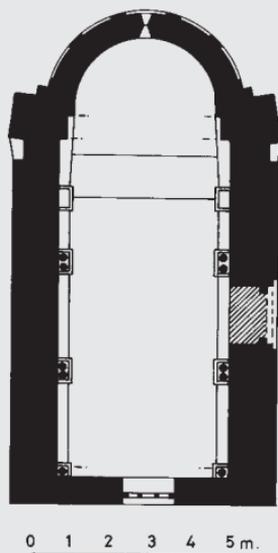
Su testero recto ha hecho que sea considerada una de las más antiguas de la zona por los defensores de las tesis “mozarabistas”.

## San Juan de Busa

Se trata de una de las iglesias más pequeñas del grupo y es la única con decoración tallada: un relieve con palmetas y festones esculpido en la rosca de uno de los arcos de ingreso al edificio. Otra de sus particularidades es la serie de dobles columnas sobre plintos adosada a los lados mayores de la nave, en el interior. Parece ser que estaban destinadas a sostener una cubierta de piedra que finalmente no se realizó.

En el muro de los pies se abría una puerta que fue cegada en la restauración llevada a cabo por la asociación Amigos de Serrablo entre 1973 y 1977, en la creencia de que no era original, aunque varios historiadores del arte defienden su presencia en la obra primitiva. En ese mismo muro se ubica una ventana de proporciones inusuales, con tres pequeños arcos de herradura. También llama la atención la disposición, la irregularidad y el dibujo rectangular de las ventanas de su fachada sur.

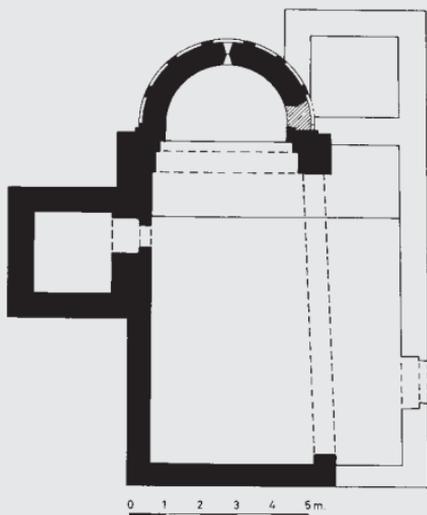
Junto con San Pedro de Lárrede, es una de las que han llegado hasta nuestros días en mejor estado, sin haber sufrido reformas de entidad.



## San Martín de Oliván

Como otros templos de la comarca, pasó por varias etapas constructivas. A la inicial corresponden la nave principal, con su ábside, y la torre. En el siglo XVI, el edificio fue agrandado por su lado meridional, de modo que la puerta y la mayor parte las ventanas originales fueron eliminadas. A su vez, el campanario también se remodeló en época moderna, con lo que perdió sus características primigenias.

El ábside, sin embargo, se considera uno de los más representativos de entre los que fueron realizados por los artistas “larredeses”, pues en él se pueden apreciar todos los motivos ornamentales propios de este tipo de paramento mural.



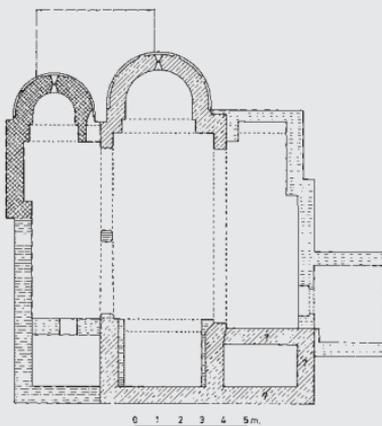
La iglesia de San Martín, restaurada en el año 1977, es una de las pocas de la zona que mantiene su actividad parroquial, ya que en Oliván la despoblación ha sido menos intensa que en otras localidades de su entorno.

## San Úrbez y San Miguel de Basarán

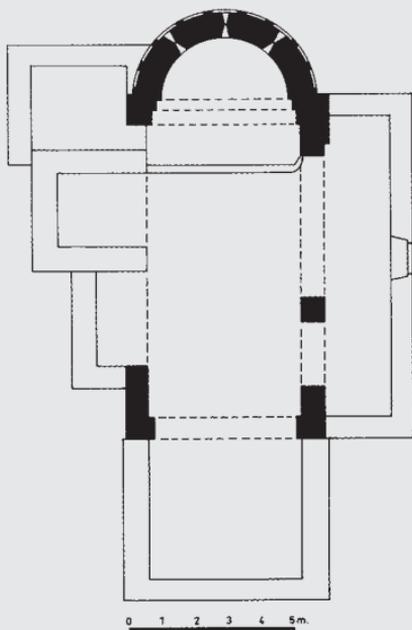
Fue la iglesia, con doble advocación, de una comunidad de monjes, de ahí alguna de sus peculiaridades formales. Ligada a este monasterio debió de asentarse una población dependiente, esencialmente servil, como demuestran antiguos documentos. El lugar quedó despoblado en 1951 y el templo, trasladado a Formigal y rehecho en la década de 1970, en parte con piedra procedente de las ruinas de Santa María de Gavín.

Consta de tres naves, aunque erigidas en distintas fases. En principio sólo tenía una, que finalmente quedaría como central. Poco después de su edificación se le añadió otra en el lado norte, de tamaño más reducido pero de semejantes características. En el siglo XV se recreció la nave menor y en la siguiente centuria se erigió una tercera, que posiblemente ocupó el lugar de la primitiva torre-campanario.

Su interior albergaba distintos fragmentos de pintura mural, ya irrecuperables por su intenso deterioro cuando se decidió reconstruir el edificio en la estación de esquí antes citada.



## Iglesia del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo de Otal



De la primitiva fábrica apenas quedan vestigios, pues sufrió notables modificaciones desde fechas tempranas. A partir del siglo XII, se añadieron al templo diferentes dependencias a ambos lados y a los pies de su única nave, entre ellas una alta torre campanario que únicamente recuerda a las de Lárede o San Bartolomé de Gavín por sus proporciones.

La decoración exterior del ábside es bastante singular, al tratarse del único ejemplo que posee nueve arquillos ciegos sobre lesenas, aparejadas a soga y tizón, y tres ventanas abocinadas con doble derrame. Algunos especialistas ponen en conexión este tipo de ornamentación con la de la cabecera de San Martín de Buil, hecha en un periodo posterior en el corazón del Sobrarbe.

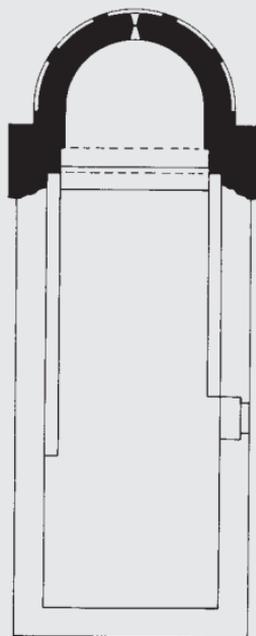
## San Juan Bautista de Rasal

Reducida a la condición de ermita, se encuentra situada en el valle del río Garona, un tanto alejada del núcleo principal de las denominadas iglesias de Serrablo.

Hay constancia documental de que ya en el siglo XVI había desaparecido la población de la que era iglesia parroquial, pero todavía se guardaba memoria de la misma.

De la fábrica original tan sólo se conserva la cabecera, con el presbiterio atrofiado y el ábside, así como los contrafuertes que la unían con la nave.

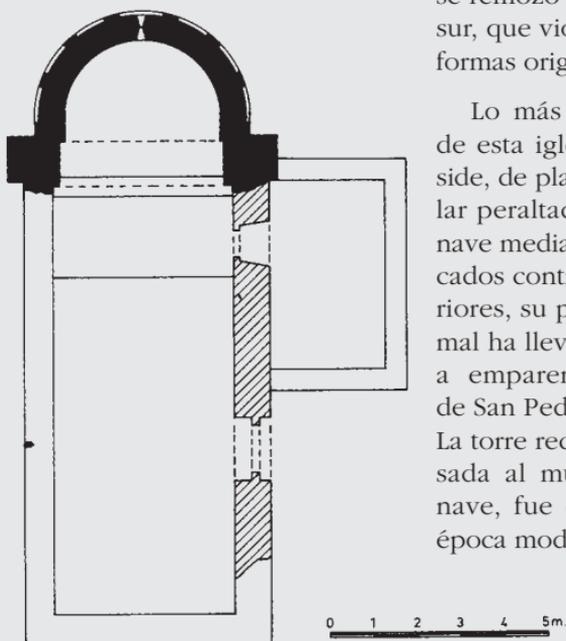
La decoración exterior de esa cabecera es algo tosca en comparación con otros ejemplos, lo que ha hecho suponer que quizá se trate de una obra un poco posterior a las que se localizan en el curso superior del Gállego.



## San Andrés de Satué

Este templo, enclavado en una villa que perteneció al monasterio de San Juan de la Peña, mantuvo gran parte de su fisonomía original hasta la Guerra Civil, cuando sufrió serios desperfectos. Fue reconstruida al término de la contienda a instancias de Jesús Auricinea, sacerdote que también participó en las obras de reparación de otras iglesias de la zona. En esas obras se levantaron de nuevo los muros norte y oeste, y se remozó y consolidó el sur, que vio alteradas sus formas originales.

Lo más sobresaliente de esta iglesia es su ábside, de planta semicircular peraltada. Unido a la nave mediante dos destacados contrafuertes exteriores, su perfección formal ha llevado a algunos a emparentarlo con el de San Pedro de Lárrede. La torre rectangular, adosada al muro sur de la nave, fue construida en época moderna.

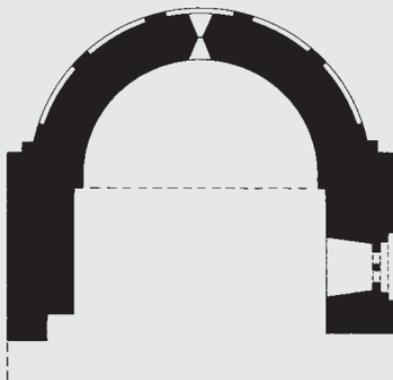


## Santa Eulalia de Susín

De la iglesia original sólo resta la primitiva cabecera y algunos tramos de sus paramentos meridional y septentrional en la unión de ésta con la nave, ya que el templo fue ampliamente reformado en el siglo XVIII. En esa época se reorientó (el altar se colocó en la parte de los pies), fue redecorada y se construyeron un coro alto y una torre. Lo que antes era la cabecera fue conservado como sacristía.

En lo que queda del muro sur se localiza una ventana doble o ajimezada con dos pequeños arcos de herradura inscritos en otro semicircular mayor, todo ello dentro de un marco rectangular.

En su interior, el ábside se hallaba ornamentado con frescos, cuyos únicos restos fueron depositados en el Museo Diocesano de Jaca, mientras que en su exterior se aprecian grabados incisos en seis de sus sillarejos, todos ellos, a excepción de un crismón, de trazos geométricos.



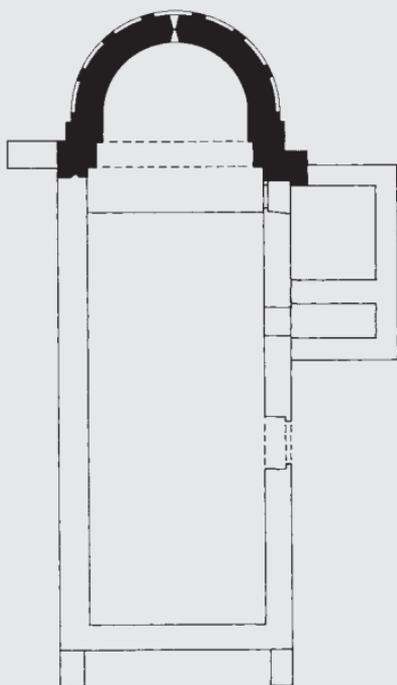
0 1 2 3 4 5 m.

## Santa María de Isún de Basa

Al igual que otras iglesias de la comarca, resultó dañada durante la Guerra Civil. Es probable que el templo sea posterior a otros del “círculo larredense”, pues en los muros de su nave ya se observan algunos detalles decorativos relacionados con el románico jaqués, que se extendería a partir de finales del siglo XI.

La tosquedad de su ábside, con los habituales arcos ciegos y el friso de baquetones, induce a pensar que sería edificado en una primera fase constructiva o por canteros poco diestros, que tomarían como ejemplo otras iglesias cercanas.

La torre-campanario, en su lado sur, es mucho más tardía que el resto del edificio; fue levantada ya en época bajomedieval y reformada durante el barroco.



0 1 2 3 4 5m.

# BIBLIOGRAFÍA



- BANGO TORVISO, I.: *Alta Edad Media. De la tradición hispano-visigoda al románico*, Ed. Sílex, Madrid, 1994.
- COBREROS, J.: *Itinerarios románicos por el Alto Aragón*, Col. La noche de los tiempos, Ediciones Encuentro, Madrid, 1989.
- CROZET, R.: «Petites églises de la vallée du Gállego (Espagne)», en *Cahiers de civilisation médiévale*, Poitiers, 1969, pp. 287-289.
- BUESA CONDE, D.: *El Serrablo. Comarca mozárabe del Alto Aragón*, CAZAR, Zaragoza, 1978.
- DURÁN GUDIOL, A.: *Arte altoaragonés de los siglos X y XI*, CAZAR, Sabiñánigo, 1973.
- De la Marca Superior de Al-Andalus al reino de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza*, CAZAR, Huesca, 1975.
- DURÁN GUDIOL, A. y BUESA CONDE, D.: *Guía monumental de Serrablo*, Amigos de Serrablo, Zaragoza, 1981.
- ESTEBAN LORENTE, J. F., GALTIER MARTÍ, F. y GARCÍA GUATAS, M.: *El nacimiento del arte románico en Aragón*, CAI, Zaragoza, 1982.
- GALTIER MARTÍ, F.: *Ribagorza, condado independiente*, Libros Pórtico, Zaragoza, 1981.
- «Las primeras iglesias de piedra en la frontera de los Arbas, el Onsella y el Gállego», en *Artigrama*, 1, Departamento de His-

- toria del Arte de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1984, pp. 11-24.
- «En torno a los orígenes del círculo larredense: San Julián de Asperella», en *Artigrama*, 4, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1987, pp. 259-279.
- «Las grandes líneas del prerrománico aragonés», en *Artigrama*, 8-9, Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1991-92, pp. 259-279.
- GARCÍA GUATAS, M.: *El arte románico en el Alto Aragón*, Ed. La Val de Onsera, Huesca, 1997.
- ÍÑIGUEZ ALMECH, F. y SÁNCHEZ VENTURA, R.: «Un grupo de iglesias del Alto Aragón», en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, 27, Madrid, 1933, pp. 215-235.
- TARAZONA GRASA, C.: *La guía de Serrablo*, Editorial Pirineum, Jaca, 1999.
- UBIETO ARTETA, A.: *Leyendas para una historia paralela del Aragón medieval*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 1998.



51. **La flora de Aragón** • Pedro Montserrat
52. **El Carnaval en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M<sup>a</sup> Victoria Escribano Paño
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera
56. **El arte rupestre en Aragón** • M<sup>a</sup> Pilar Utrilla Miranda
57. **Los ferrocarriles en Aragón** • Santiago Parra de Mas
58. **La Semana Santa en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
59. **San Jorge** • Equipo de Redacción CAI100
60. **Los Sitios. Zaragoza en la Guerra de la Independencia (1808-1809)** • Herminio Lafoz
61. **Los compositores aragoneses** • José Ignacio Palacios
62. **Los primeros cristianos en Aragón** • Francisco Beltrán
63. **El Estatuto de Autonomía de Aragón** • José Bermejo Vera
64. **El Rey de Aragón** • Domingo Buesa Conde
65. **Las catedrales en Aragón** • Equipo de Redacción CAI100
66. **La Diputación del Reino de Aragón** • José Antonio Armillas
67. **Miguel Servet. Sabio, hereje, mártir** • Ángel Alcalá
68. **Los juegos tradicionales en Aragón** • José Luis Acín Fanlo
69. **La Campana de Huesca** • Carlos Laliena
70. **El sistema financiero en Aragón** • Área de Planificación y Estudios - CAI
71. **Miguel de Molinos** • Jorge Ayala
72. **El sistema productivo en Aragón** • Departamento de Economía - CREA
73. **El Justicia de Aragón** • Luis González Antón

74. **Roldán en Zaragoza** • Carlos Alvar
75. **La ganadería aragonesa y sus productos de calidad** • Isidro Sierra
76. **La fauna de Aragón** • César Pedrocchi Renault
77. **Opel España** • Antonio Aznar y M<sup>a</sup> Teresa Aparicio
78. **La Feria de Muestras de Zaragoza** • Javier Rico Gambarte
79. **La jota aragonesa** • Javier Barreiro
80. **Los humedales en Aragón** • Jorge Abad y José Luis Burrel
81. **Los iberos en Aragón** • Francisco Burillo
82. **La salud en Aragón** • Luis I. Gómez, M. J. Rabanaque, C. Aibar
83. **Félix de Azara** • María-Dolores Albiac Blanco
84. **Las iglesias de Serrablo** • Equipo de Redacción CAI100



85. **La nieve en Aragón** • Salvador Domingo
86. **El aceite de oliva en Aragón** • Ángel Bonilla y Miguel Lorente
87. **El cuento oriental en Aragón** • M<sup>a</sup> Jesús Lacarra
88. **Los Fueros de Aragón** • Jesús Delgado y M<sup>a</sup> Carmen Bayod
89. **Aragón y los Fondos Europeos** • Elías Maza
90. **Las lenguas de Aragón** • M<sup>a</sup> A. Martín Zorraquino y José M<sup>a</sup> Enguita
91. **Cómo Teruel fue ciudad** • Equipo de Redacción CAI100
92. **Benjamín Jarnés** • José-Carlos Mainer
93. **José de Calasanz** • Asunción Urgel
94. **La imprenta en Aragón** • Miguel Ángel Pallarés y Esperanza Velasco
95. **La energía. Usos y aplicaciones en Aragón** • Departamento de Economía - CREA